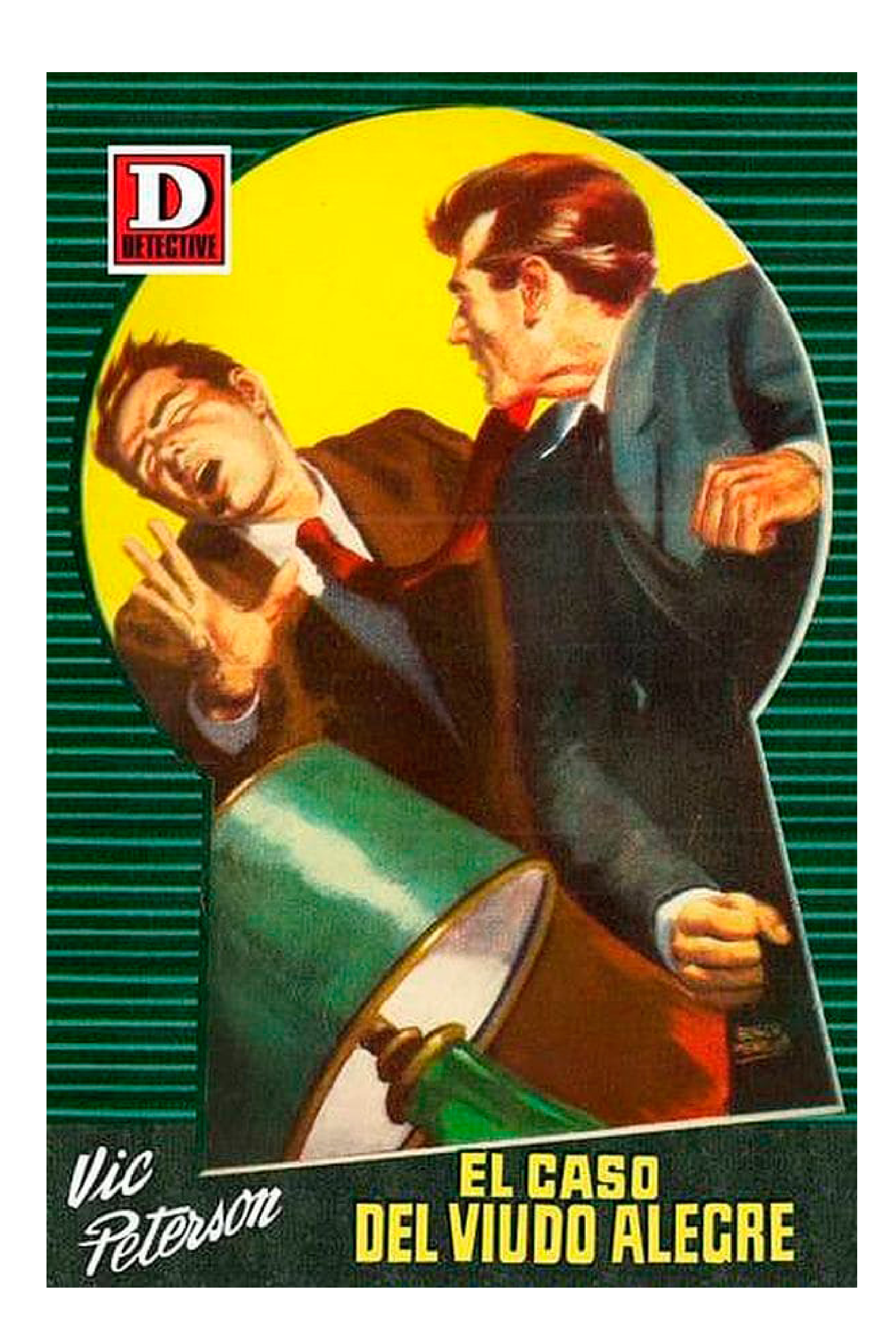

D
DETECTIVE
Vic Peterson
EL CASO
DEL VIUDO ALEGRE

Novela negra pura y dura con detectives privados que saben encajar los golpes —o deben aprender a ello—, ricos corruptos, mujeres hermosas y traicioneras frente a chicas hermosas y nobles urdiendo una trama compleja pero bien resuelta con un sorprendente final. Una novela de madurez plenamente integrada dentro del género negro donde el autor se permite burlarse un poco del género al crear un protagonista que quiere imitar los gestos, forma de vestir y forma de hablar de los personajes ya clásicos del género.

En San Francisco, en abril de 1950, Carl Baxter es un apuesto escritor que trabaja como asesor histórico de los Estudios Dickson. Ha alquilado una oficina en un edificio y un día recibe la vista de un vecino que, semi inconsciente, entra en su despacho y se desmaya. Se trata de Bruce Flanagan, detective privado, que acaba de ser asaltado por una mujer traicionera y que le ofrece a Baxter el puesto de colaborador. El escritor acepta y decide imitar a los protagonistas de novelas y libros que ha leído.

Flanagan investigaba el entorno de Clifford Brandon, un millonario que recientemente había enviudado y llevaba la vida alegre que subraya el título; su secretaria, Hazle Reding, fue quien le asaltó. Baxter, pocos días después, recibe la visita de una mujer misteriosa que no es otra que Dafne Brandon, la esposa fallecida. Pasmado ante el descubrimiento descubre en un armario del despacho el cuerpo sin vida de Flanagan, asesinado.

La policía irrumpe en el caso y le piden a Baxter que se retire, cosa que él no hace pues necesita muchas explicaciones. Visita a Brandon y después sigue a su secretaria, Hazel Reding, hermosa y fascinante, de quien queda enamorado. Posteriormente vuelve a encontrarse con Dafne que le confiesa que el presunto accidente que acabó con su vida fue un asesinato perpetrado por su esposo; ella quiere ahora acorralarlo para que vuelva con ella, tal es el volumen de su amor; preguntada sobre cómo es posible que haya un cadáver sepultado con su nombre ella explica que se encontró el cuerpo sin vida, desfigurado y flotante de una muchacha a la que vistió con sus prendas y joyas.

La novela recoge la investigación de Baxter y cómo advierte que Brandon tenía oscuros intereses en Costa Rica, cómo Flanagan los iba a desvelar y cómo ésa podría ser una de las causas del asesinato. Baxter, que cree que la bella Hazle le ha engañado, sigue esta línea de investigación y acorrala al multimillonario ante su esposa viva pero al final la novela da un giro sorprendente y muy bien trabado pues se desvela que Dafne era una pérfida mujer que había seducido a unos de los secuaces de su marido, que ambos habían secuestrado y asesinado a la muchacha para llevar a cabo la sustitución y que habían asesinado a Flanagan pues éste había descubierto su jugada. Al final Baxter se casa con Hazel quien le demuestra su sincero amor, al tiempo que decide seguir trabajando como investigador privado. La novela destaca por su aire clasicista que muestran como Debry había leído a Hammet y a Chandler y había visto muchas películas de cine negro: despacho de un detective en un edificio de oficinas, cristal esmerilado, llegada de mujeres hermosas, visitas a las lujosas mansiones de los poderosos, trama con final sorprendente, fascinación erótica por la femme fatale y por el hombre duro y perdedor. La novela se sostiene con pulso firme de principio a fin, con buenos personajes y con esa voluntad del protagonista de «imitar» a los héroes de ficción; como todas las novelas de la colección Detective, inventa la figura del traductor para dar verosimilitud a la identidad real del autor, Vic Peterson.

Resumen extraído de la página: Peter Debry, padre de la novela negra, http://peterdebry.blogspot.com.es/



Vic Peterson

El caso del viudo alegre

Detective - 6

ePub r1.0
LDS 29.11.17

Título original: *The gay case*
Widower's
Vic Peterson, 1952
Portada: Bosch Penalva
Ilustraciones interiores: Macabich
Versión castellana: Pedro Rodríguez Salas
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




El caso del viudo alegre
por
VIC PETERSON
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

Había frecuentes cambios de inquilinos en aquel rellano de despachos por alquilar. Unos despachos confortables, con teléfono, calefacción en invierno, agua refrigerada todo el año, un armario archivo, mesa larga con sillón giratorio, mesita con máquina de escribir y taburete, dos sillones de cuero y un amplio ventanal desde el que se divisaba la inmensa bahía de San Francisco.

En la hilera de puertas con cristal opaco, un pintor renovaba con bastante regularidad los nombres y profesión, raspando las letras para colocar otras en precioso esmalte negro.

Unos porque prosperaban y conseguían un piso entero, otros, los más, porque fracasaban, los inquilinos de aquel cuarto piso de la Russian Hill, efectuaban breves estancias no llegando a conocerse entre sí.

Pero Carl Baxter, tal vez porque en su puerta no había letrero alguno, llevaba ya cerca de un año instalado en el despacho «B5». No tenía horas fijas de trabajo, aunque con predilección empleaba las nocturnas.

Al principio, cuando el vigilante nocturno oía teclear una máquina de escribir bien pasada la media noche en el «B5» del cuarto piso, consideró su deber tratar de inquirir si era infringida la principal obligación del que alquilaba uno de aquellos despachos.

Prohibición absoluta, con rescisión inmediata del contrato de arrendamiento, de cocinar y dormir entre las cuatro paredes del despacho.

El reglamento era respetado por Carl Baxter, asesor histórico de los Estudios Dickson, que facilitaban a compañías teatrales y a productoras cinematográficas el ambiente y vestuario de cualquier época.

Carl Baxter era un erudito en cuestiones históricas, porque sabía bucear prontamente en el catálogo de las bibliotecas. Asimilaba el contenido esencial de pesadísimos volúmenes, y rendía un concentrado resumen.

No tenía nada del ratón de biblioteca, y le complacía íntimamente que le confundieran con un actor deportista, o con un deportista fotogénico. También aceptaba, sin discutirlo, el calificativo de escritor.

La noche del 15 de abril de 1950, se hallaba pasando en limpio sus notas, sobre los clanes escoceses de la segunda mitad del XVIII, cuando alzó los dedos del teclado y dejó de mirar sus apuntes.

No hacía mucho que había ojeado su reloj pulsera, que marcaba las once y veinte, y aunque fuera hora más temprana, no recibía visitas, puesto que aquel despacho sólo le servía de laboratorio donde asimilaba lecturas, condensaba en notas, y por último, mecanografiaba.

Miró hacia la puerta, apartando un poco el foco. No era un ratón, porque la más rigurosa asepsia reinaba allí. Y sin embargo, algo arañaba la parte inferior de su puerta.

Carl Baxter se puso en pie. En medio del total silencio, desocupados todos los despachos, resaltaba con crujiente sonoridad aquel leve ruido, que podía ser arañazo gatuno o…

Carl Baxter se quedó inmóvil, a dos pasos de su propia puerta. El cristal opaco, no lo era tanto como para no dibujar al trasluz de la iluminación escasa del corredor una mano.

Una mano engarfiada, que volvió a desaparecer, porque el resto de la anatomía habíase desplomado.

Y el sordo rumor mate del cuerpo al caer, fué identificado sin la menor duda por Baxter.

Acercándose a la puerta, encendió la luz central. Abrió de un tirón, y el hombre arrodillado que asía con la diestra el pomo, reclinó su cabeza, contra una pierna de Baxter, al ladearse su busto siguiendo el movimiento de la puerta.

Carl Baxter no era muy impresionable, pero aquella manera tan poco normal de presentarse, le dejó unos instantes indeciso.

A la altura de su rodilla, una voz incisiva farfulló a borbotones, con claridad, en sacudidas espasmódicas, con precisión telegráfica:

—Cierre. Puerta y luz. No avise policía. Mucha agua. Tengo

inyectables bolsillo superior. Una ampolla. Pronto.

Y con la última palabra, pareció haber llegado al límite de su resistencia el que ahora cayó de bruces, extendido a un lado de los pies de Carl Baxter, el cual maquinalmente, como si quisiera cerciorarse de que estaba despierto, fué diciéndose:

—Cierra la puerta y la luz. Bien. Ya está. No avises a la policía… ¡Diablos!

Cerrada la puerta y la luz central, se inclinó para asir por los hombros a su inesperado visitante. Vuelto boca arriba, en la tenue penumbra en que sumía la estancia el foco proyectado sobre la máquina de escribir, se dibujaba un rostro acorde con la situación anormal. Unos cabellos crespos, negros, pero con manchas rojas… Unas cejas espesas, también negras, y también con manchas rojas… Unas mandíbulas prominentes, cuadradas, que podían denotar tenacidad y energía, o simplemente brutalidad.

El cuello flojo de la camisa tenía salpicaduras rojas. Al igual que una de las solapas de la americana gris a rayas. Una corbata azul chillón, con el nudo aflojado, estaba medio rasgada.

Carl Baxter fué a la bombona, hizo funcionar el recipiente de vasos de papel, y llenó uno con el agua helada, mientras decía:

—Mucha agua, y tiene inyectables en el bolsillo superior. Una ampolla pronto.

Se arrodilló para verter un poco de agua en cada ceja, y el resto sobre la frente. Tanteó el bolsillo superior de la chaqueta, y halló dos bultos duros.

El más próximo tenía un contorno liso y cuadrado. El más próximo al sobaco, era redondo. Introdujo Baxter los dedos en el bolsillo, sacando una cajita metálica.

Al terminar de extraerla, por el tacto, había identificado como una culata de pistola, el segundo bulto, bajo la americana, en el costado izquierdo del pecho.

—Una funda axilar, como los pistoleros de película —refunfuñó entre dientes, mientras acercándose a la mesita, colocaba la caja bajo la luz, abriéndola—. Y me ordenó que no avisara a la policía. Como si yo tuviera que obedecerle por narices. Un matón de cara desagradable. Eso es.

La cajita estaba dividida en dos compartimientos. Una aguja hipodérmica, el cilindro y el émbolo de cristal, encerrados en un

estuche de plástico con líquido blanco que, destapado el estuche, desprendió agradable olor a alcohol.

En el otro compartimiento se alineaban tres ampollitas ambarinas, con su respectiva serreta.

—Lo que hay que hacer es pensar con sensatez —acordó Baxter, mientras aserraba el estrecho cuello de cristal de una ampolla—. Este sujeto puede darme un disgusto serio.

Humedeciéndose los dedos con el alcohol vertido en el primer compartimiento de la cajita, insertó la aguja y atrajo el émbolo, que rellenó el cilindro de cristal, hasta la segunda raya, con un líquido obscuro.

Con la jeringa en alto, masculló, yendo hacia el desconocido que seguía boca arriba, rozándole las suelas el dintel cerrado:

—Si es un revulsivo este sujeto, al recobrar el sentido, a lo mejor intenta asegurarse de mi silencio, si viene de dar un mal golpe, aunque él ha recibido también lo suyo.

Abrió la americana del yacente, y extrajo la pistola de la funda amarilla de cuero que se ceñía colgando de un tirante. Introdujo el arma en su bolsillo del pantalón, y entonces procedió con la mano libre a quitar la americana del desconocido.

Una tarea difícil que empezó a impacientarle, y le hizo comentar:

—Lo sensato es telefonear a la comisaría más cercana.

Por fin, logró liberar el brazo izquierdo del desmayado de la manga de la americana, y desabrochó el gemelo de presión, doblando hacia arriba la tela blanca.

Un antebrazo velludo, ancho y un bíceps tendinoso, con un hoyuelo improcedente, que semejaba un pellizco hondo y pardusco. La huella de una bala.

—Maldita sea… —rezongó Baxter, hincando la aguja—. Este tipo me va a dar un disgusto serio.

Vertió sobre la gota del pinchazo el alcohol, taponando con el pulgar. Y arrodillado, permaneció con el ánimo batallando en diversas reacciones contradictorias.

Por una parte, la enigmática aparición de aquél individuó era un episodio excitante en su monótona existencia. Significaba la aventura, el riesgo, una novedad.

Por otro lado, existían ciertas vulgaridades, que se denominaban

«temeroso respeto a la policía», «instinto de conservación…».

Tranquilizado palpó en su bolsillo el redondo bulto. Se levantó, porque el individuo de las cejas partidas y el cráneo maltrecho se removía.

Carl Baxter fué a sentarse en el borde de la mesita. Era interesante ver a un hombre inerte recuperar su sentido.

El primer gesto era elocuente. El individuo se llevó la diestra al sobaco, mientras se sentaba. Con la zurda se palpó la nuca, arrugando el rostro. Gruñó:

—Agua.

Pestañeaba, y no tenía nada de agradable su aspecto con sangre reseca en los párpados, y un hilillo cayendo por detrás de la oreja derecha. Había conseguido ladearse y colocar una rodilla en tierra, cuando Carl Baxter le tendió dos vasos de papel, diciendo:

—Agua.

La diestra ya no palpaba la funda vacía, y de un zarpazo asió el vaso, que absorbió con ruido animal, dejándolo caer, para coger con la misma avidez el otro.

Entonces, mientras estrujaba en su diestra el segundo vaso, ya vacío, sacudió la cabeza como un perro de presa que sale del río.

Y se puso en pie, lentamente, con bamboleo de marinero ebrio. Se llevó las dos manos a la cabeza, pasándose el vaso estrujado por la nuca.

Miró en rededor, hasta divisar en la penumbra del halo desparramado por el foco, el contorno de un sillón en el que se desplomó, abiertas y tendidas las piernas. Cerrados los ojos, dijo:

—Si por casualidad tiene coñac o *whisky*, casi le consideraré mi ángel de la guarda, esta noche, Baxter.

—Tiene una ventaja, amigo, Ya sabe quién soy.

Carl Baxter, sin perder de vista al herido, fué hacia el archivo, sacando un frasco de «Hennessy», descorchándolo.

Se aproximó, presentándolo al extraño desconocido, que al cogerlo, siguió portándose con la misma anormalidad de su presentación, porque en vez de aplicarse el gollete a los labios, empapó un pañuelo, y se fue pasando el lienzo por las cejas y un lado del cráneo. Entre dientes, con su modo seco de hablar, manifestó:

—Me gustan horrores las mujeres, Baxter, pero ahora voy a estar

unas cuantas semanas odiándolas. Era una nena de porcelana, de esas que ríen mucho. Bueno, yo siempre he pensado que la mujer ríe cuando no comprende lo que están diciendo, y como ésta reía mucho, me supuse que era estúpida. Y tenía derecho a serlo, porque era un bombón. Una muñeca de esas que le inspiran a uno el deseo de pegar saltos por una pradera al borde de un lago, deshojando margaritas y todo eso.

—Muy interesante, pero me resultaría mucho más provechoso saber por qué razón me eligió como practicante, y me aconsejó no advertir a la policía.

El otro tenía ahora el pañuelo colocado sobre la sien derecha, y limpias ya las cejas y los párpados. Sonrió como si estuviera bebiendo vinagre.

—Porque soy policía. Considero muy natural que me quitara la herramienta, Baxter, pero hubiera podido también registrar hasta encontrarme la licencia para uso de armas, y el carnet legal. Vine aquí porque le supuse un intelectual con buenos nervios, y además a esta hora no había nadie más en la vecindad. Me llamo Bruce Flanagan. Tome y tranquilícese.

Bruce Flanagan, que había rebuscado en su bolsillo interior, echó con tino una cartera sobre la mesita. La recogió Baxter, pero receloso.

Abrió, y en abanico vibraron tres hojillas de mica. En una de ellas había la fotografía del visitante, sus huellas dactilares, y en letras destacadas el Departamento Federal declaraba su autorización para que Bruce Flanagan ejerciera la profesión de investigador privado.

—Despacho «B8», tres puertas más al fondo, Baxter. Llegué anteayer, pero siempre me informo de la vecindad. ABC del oficio, un perro oficio. Si no está conforme conmigo, puede telefonear a la Comisaría, y preguntar quién soy. No cite mis averías.

Carl Baxter tiró a su vez la cartera, y añadió:

—Le creo, Flanagan, pero si para usted es normal andar a gatas, y pedir le inyecten simpatina o lo que sea, para mí resulta algo nuevo. Entonces, ¿es usted detective privado?

Siempre sosteniendo el pañuelo empapado de coñac sobre el lado derecho de su cabeza, Bruce Flanagan dejó oír una risita agria.

—Usted tiene talento deductivo, Baxter. Le agradezco sus

atenciones, y no quiero abusar de su hospitalidad. Hemos tenido suerte, al fin y al cabo.

—¿Hemos…?

—Verá, amigo —y el detective se puso en pie, tendiendo la zurda—. Deme la herramienta, y cuando termine el caso que estoy llevando, le contaré el asunto con pelos y lunares. No sea majadero, Baxter, y deme el cachorro.

Carl Baxter era tranquilo, pero tenía cierto genio. Sonrió agresivo:

—Con buenos modos, si es que sabe lo que quiero insinuar.

—Tiene razón en ponerse «caliente». Le debo una explicación. Este mediodía, en el pesebre donde voy a suministrarme, me telefonearon. Una voz femenina, pastosa, llena de mimo. Me dijo que sabía mucho acerca del asunto que estoy tramitando, pero que tenía miedo de que la vieran, y que sólo podría disponer de media hora a partir de las once de la noche. La cité en el despacho. Es corriente que los que tienen algo que contar en asuntos donde hay algún que otro cadáver, prefieran el incógnito. La vi entrar a las once y siete minutos. Un caramelo de franjas. Nata en la piel, fresa en los labios, menta en los ojos… Bueno, me sentí hervir, pero sin perder el sexto sentido. El caso es que ella engañaría al mismo Judas. Tenía un monedero precioso, de charol negro, cuyas esquinas chocaron de pronto contra mi cabeza, y en segundo golpe, contra mis cejas. La deducción no es difícil. En el bolso había algo sólido, o tiene las esquinas con plomo. El asunto es que perdí el control, y me arrastré por el suelo, y cuando recobré el seso, todo estaba a obscuras. Seguí arrastrándome bacía la puerta abierta, y hacía el repiqueteo de su máquina. Y decía que hemos tenido suerte, porque la nena no quería matarme, ya que de proponérselo, y encontrarme aquí, caemos los dos. Ya sé a lo que vino. En mi despacho faltarán unos papales y una foto. En fin, desconfíe de las nenas con aspecto de bobaliconas estupendas. Son las peores. Gracias.

Carl Baxter había ya ofrecido la pistola, y el detective, al enfundarla, añadió:

—Dispense si he sido poco fino, pero en mi perro oficio, se pierde hasta la vergüenza. Los clientes nos quieren rudos, ¿comprende?

Carl Baxter se olvidó de los clanes escoceses oliendo a moho, y

dijo:

—Será mejor que le acompañe, Flanagan, porque aun está usted un poco «groggy». Siempre he tenido curiosidad por conocer personalmente a un privado.

—¿Sí, eh? Bien, no hay prisa, porque la nena ha tenido tiempo de sobras para llevarse el mobiliario y todo. Y su coñac es bueno. A su salud, Baxter.

Bebió Flanagan un trago, y añadió, al devolver la botella:

—No hay mejor medicina. ¿Ve? Otro disco. Un privado que no huela a alcohol, no gusta a los clientes. No sé por qué en esta bendita California suponen que el coñac despeja el cerebro del sabueso. Yo lo tomo para dormir, pero en el bolsillo posterior llevo un frasco metálico, con agua y unas gotas de jarabe. Impresiona al cliente verme soplar. Un perro oficio, se lo digo yo, que tengo doce años de palizas a cuestas. Y me sé el truco para no recibir palizas y hacerme rico. Es sencillo: Ser sucio.

De nuevo sentado, el detective sonrió con menos acritud.

—Parece usted un colegial muy aplicado, Baxter. No me diga que me considera un romántico caballero andante de la aventura. Eso pensé yo cuando dejé la oficina de exportación del muelle, el maldito día en que por «churro» atrapé a un granuja. Hoy, ya gato viejo, me he dado cuenta de que el ser testarudo es sinónimo de ser idiota. Viene un cliente, porque no quiere ir con el cuento a la policía, y sus razones tendrá. Cuando empiezo a husmear el quemado, me llega otro, y me ofrece dinero para taparme las narices. Yo no acepto, y aquí es donde viene la recompensa a la virtud. Y esta noche ha sido leve.

—Pero su conciencia…

—Ya. Indudablemente duermo a gusto, pero no llegaré ni a rico ni a viejo, aunque tengo doce años de licencia, y me aprecian los federales. El caso que ahora llevo es de los buenos. Si acierto, puedo retirarme a vivir de renta. Mi sueño dorado: una casita en el monte, y cazar bichos, sin ver ya más miserias humanas. Un perro oficio el mío.

—Si tan fastidioso es, ¿por qué no lo ha dejado?

—Lo malo es que la costumbre nos avasalla. Y de todos modos, hay casos que valen la pena, como éste, que me puede producir un fardo de billetes. Aunque también si me resbalo…, bueno, lléveme

dalias blancas, que son mis preferidas.

—Es endiabladamente interesante todo esto. Flanagan. Yo tengo muchas horas libres, y conozco el francés, el italiano y taquigrafía. Un poco de alemán también.

Bruce Flanagan rió con sarcasmo, pero cordialmente:

—Gramática parda es lo que hace falta, Baxter. Y no achicarse. Desconfiar hasta del ciego de la esquina, y sobre todo, de las muñecas sugestivas. Este caso vale la pena, porque generalmente son asuntillos triviales. Maridos celosos que buscan el divorcio sin pensión, esposas histéricas, viejas locas, actrices anhelando propaganda… ¿Conque le gustaría meterse a chismoso, no? Hombre, algo hay para empezar… Yo tengo como horas de consulta de tres a siete de la tarde, y estoy solo, y generalmente fuera. Más ahora, que tengo un caso magnífico. Puedo conectar mi teléfono con el suyo, y usted cuando le de la gana, y esté aquí, con coger el auricular, y tomar nota… Puede divertirse, y si hay asunto, le daría un tanto por ciento.

—Acepto —dijo, con entusiasmo, Baxter—. Le aviso que mi lectura predilecta es la novela policíaca.

—Una epidemia universal. Pero a veces, la realidad supera la imaginación más volcánica. Este mismo caso que llevo… Bueno, me empieza a doler la cabeza, y está terminando la acción del inyectable. Voy a echarme a dormir. Mañana haré conectar un derivado con su despacho, y siempre que haya de ausentarme, dejaré establecida la comunicación. Confío en usted, porque le adivino recto y leal. Lo adivino, porque son dos cosas que brillan por su ausencia en mi clientela. Hasta mañana, y gracias por todo.

Carl Baxter vio alejarse por el corredor al detective, que penetró en el despacho «B8». Estaba excitado. La aventura había llamado a su puerta. Y a solas, remedó el tono incisivo de Bruce Flanagan, sentándose con las piernas sobre la mesa, y hablando con un supuesto cliente:

—Vamos, nena, desembuche, que soy todo orejas. ¿Un cigarrillo o un buen soplo? Adelante con la historieta y no me asuste, porque soy un chico sensible.

Arqueó una ceja, sonriendo con cinismo, y replicó hacia el sillón:

—Este caso no me hace, preciosa. No voy a engrasar la

herramienta para ponerme a husmear un rastro de galán de cotillón.

Se sobresaltó al repiquetear el teléfono, cuyo auricular asió con asombro. Oyó la voz tajante:

—… Habla Flanagan. Lo dicho. Me limpió la foto y las dos cartas. Una nena rápida y eficiente. Si mañana no tiene mucho que hacer, acérquese a ver al capitán Davis, del Central. Dígale que le envío yo, y que le prepare la licencia, como ayudante mío… sin sueldo. Abur.

Aquella noche en su pensión, Carl Baxter durmió muy mal, pero se despertó radiante. La aventura había llamado a su puerta.

CAPÍTULO II

El capitán Davis, del Departamento Central, escuchó, y su réplica fue amable:

—Me ha visitado ya Flanagan. Sus antecedentes son buenos, Baxter. Y es usted mayor de edad, ¿no? Si quiere probar el juego, nadie puede impedírselo, sobre todo si el veterano Flanagan, lo considera a usted un muchacho apto. Flanagan es uno de los pocos privados con decencia. Trate de tomarlo por modelo, y buena suerte. En la sección tercera, le extenderán la licencia.

En la calle, a las tres y media, saliendo del Departamento Central, Carl Baxter se ladeó un poco más el sombrero fieltro, procurando andar con paso indolente, y mirar inquisitivo, rápido, dando a sus ojos azules un fogonazo de objetivo fotográfico.

Penetró en una armería, en cuyo mostrador apoyó las dos manos, después de echarse hacia atrás el sombrero. Acudía un dependiente.

Carl Baxter habló, apretando los dientes:

—Una herramienta fina, ligera, pero eficiente. Calibre corto, con funda y tirante. Perdí mis cacharros anoche, ¿comprende?

El empleado asintió como apenado, pero dijo:

—No lo tome a mal, señor, pero tengo que inscribir el número de la licencia.

Carl Baxter sacó la cartera recién adquirida, y la dejó sobre el mostrador. El empleado miro la cartulina de franja verde, y manifestó:

—Espero encontrará lo que necesita, señor Baxter.

Quince minutos después, Carl Baxter estaba en el colmo de la euforia, sintiendo en su sobaco izquierdo el roce molesto de la funda pistolera.

Hubiese querido que algo le justificase el quitarse la americana, y lucir el precioso color crema de la funda, donde sobresalía la plateada filigrana de las cachas de la culata de la «Luger», del 7 — 65, ocho balas, y una en la recámara, con doble seguro.

Sólo había disparado con escopetas de aire comprimido en casetas de feria, pero tenía la certeza de que su pulso sería excelente cuando llegara el caso.

Aunque al extenderle la licencia le habían advertido que se la retirarían y quedaría sin curso, en pena del Código, como cualquier ciudadano, si empleaba el arma innecesariamente. Sólo en legítima defensa, podría disparar…

Y estaba ansiando el verse obligado a defenderse legítimamente. Se descubría la oculta vocación, y en su despacho, la máquina conservó la negra capucha de hule, y los clanes escoceses quedaron muy sepultados en la lejanía del siglo XVII, mientras con fruición, en mangas de camisa, Carl Baxter paseaba, se sentaba al borde de un sillón, daba un repentino salto, y encorvado engarfiaba la mano en su sobaco, para gruñir después, sentándose al borde de la mesa:

—Quieto. Un guiño y fulminado. Te atrapó.

Ya no era el asesor histórico con un título universitario y dominando tres idiomas. Era el detective privado Carl Baxter. Hasta su nombre y apellido le parecía que sonaban con chasquido de pistoletazo.

A las cinco se abalanzó al teléfono, que sabía ya conectado con el despacho del ausente Flanagan.

Anunció nervioso, pero tajante:

—… Baxter escuchando.

Una voz femenina indagó:

—… ¿Sabe ya que estamos a 16 de abril, señor Baxter?

Decepcionado, Carl Baxter replicó, reconociendo la voz de la secretaria de los estudios «Dickson»:

—… Pero son sólo las cinco, y me falta poco para terminar. Envíeme al chico a las ocho y media, bueno, mejor a las nueve. Dígale que le daré un dólar por la molestia. Gracias.

Colgó el aparato. No le quedaba más remedio que sumergirse de nuevo en las rencillas antiguas de Macdonalds y Glencoes.

A las nueve y cuarto, el botones de los estudios, se llevaba un dólar de propina y el trabajo sobre los escoceses del siglo XVII.

Había dejado un sobre, cuyo contenido ahora leía con fastidio Carl Baxter:

> «Estimado colaborador: Urge para el 30 a más tardar, documentación sobre el período 1500 a 1550, del cantón suizo de los Grisones, y bosquejos de vestuario montañés, así como arquitectura. Es esencial el máximo rigor y veracidad, porque nos lo pide el director Anatol Pulwek, cuya exigencia es tan notoria como su cultura. Le indico la conveniencia de esmerarse porque puede ser un paso decisivo en su carrera, ya que tenemos un gran deseo de obtener la exclusiva de asesoramiento con el director Pulwek. Siempre cordialmente suyos, affmos. s. s.»

Carl Baxter sonrió arqueando una ceja, y disparando el dedo medio contra el pulgar, hizo resbalar la hoja mecanografiada:

—Vete a Suiza y entérate, negrero.

Sacó unos bocadillos y el termo de litro con «Coca-Cola», porque estaba bien decidido a no abandonar su despacho hasta no ver a Flanagan.

Eran las diez menos cinco, cuando el teléfono dió su señal, y Baxter se precipitó. Una voz ronca interpeló:

—¿Flanagan?

—¿Qué hay?

—Un momento, no se retire.

Fué ahora una voz pastosa, agradable, de timbre acariciante, la que dijo:

—Me agradaría pensar que no me guarda rencor, Flanagan. No es preciso que me conteste. Recuerde tan sólo que no le creemos tan necio como para no saber elegir entre diez mil dólares o… un ataúd.

Cortaron, y Carl Baxter, exasperado, miró el auricular silencioso ya. Permaneció unos instantes, respirando entrecortadamente. Resultaba muy fastidioso oír una amenaza… dicha en tono tan desdeñosamente mimoso, y no poder contestar adecuadamente.

De pronto, se echó a reír, volviendo a ahorquillar el aparato. La amenaza era contra Bruce Flanagan, y él ni siquiera sabía quién era la comunicante, pero tomó nota, para cuando se entrevistara con Flanagan.

Esperaría hasta las once. Del armario extrajo Un catálogo de obras sobre Europa, señalando con lápiz rojo las relativas a Suiza.

En mangas de camisa, reclinado en el sillón giratorio, trataba de absorberse en la lectura, pero no lo lograba.

Decidió que no podía estarse quieto, y abandonando su despacho, llegó hasta el «B8» en cuya puerta se leía:

FLANAGAN

Detective privado

Tanteó el pomo, y no le extrañó que la puerta cediera al giro. Posiblemente, el propio Flanagan pensó que él iría a verle.

Encendió. Un despacho exacto al suyo, sin personalidad, salvo que en la pared había un calendario «Squire» con una bañista rubia, en escorzo provocativo.

Carl Baxter se instaló en el sillón giratorio, y colocando las piernas sobre la mesa, repicó con un largo cortapapeles sobre la madera.

Pensó que se había olvidado de comprar un frasco metálico de bolsillo, en cuyo interior pondría
«Coca-Cola»…

Se estremeció, avanzando el busto, y dilatados los ojos, porque la puerta acababa de abrirse con la misma rapidez que se cerraba, y una mujer con un velo sobre el rostro, en alto el cuello del abrigo de martas, decía con voz sofocada:

—Por fin puedo verle, Flanagan.

Carl Baxter retiró las piernas de encima de la mesa, y se ajustó el nudo de la corbata. No se daba cuenta que en mangas de camisa, el adorno de su funda pistolera le daba un aspecto algo siniestro.

La mujer avanzó presurosa, y, sentándose, declaró:

—Hace cuatro tardes le telefoneé, Flanagan. Fué usted muy rudo, y me costó el decidirme a venir. Pero tiene usted fama de muy discreto, valiente y honorable. Es muy grave lo que me sucede, y no me ofendió que me calificase usted por teléfono de loca discípula de

Baco.

Carl Baxter iba recuperándose. La mujer del velo negro no llevaba bolso, sino las manos hundidas en los bolsillos. Era alta, y tal vez el abrigo la hacía parecer un poco gruesa.

El velo se sujetaba en el ala delantera de un sombrerito grotescamente sublime, porque eran dos tiras de trenzado terciopelo malva, bordeando un copete parecido a un helado de fresa en tamaño y color.

El rostro parecía macizo, sensual… La voz, era gravemente solemne.

—Usted dirá, señora —invitó, cortésmente, el legítimo Carl Baxter.

—Es la primera vez que acudo a un detective privado. No puedo acudir a la policía oficial. Usted me pidió mi nombre, pero yo no podía dárselo. Escuche, Flanagan, yo estoy en peligro si me encuentran antes de que… Es difícil explicarme.

Carl Baxter se percató pronto de que era «Flanagan» para aquella visitante. Y decidió seguir siéndolo. Alzó los hombros como un hombre de escéptica mundología, y entre dientes replicó:

—Nada es difícil, señora, cuando existe buena voluntad. Adelante con su preocupación.

—¿Cómo… ha adivinado que soy una señora?

Carl Baxter, perplejo, bosquejó una sonrisa. Y ella añadió, presurosa:

—Quise decir que lo normal hubiera sido que usted me llamase señorita.

—Lo normal no tiene curso aquí en este despacho, señora. Explíquese sin recelos, porque doce años de servicio, hacen firme el lema de discreción.

—¿Doce años? Empezaría usted muy joven… Bien, Flanagan, tengo que confiar en usted. He tardado mucho en decidirme porque mis motivos para visitarle son complicados.

—Tal vez estaría más cómoda sin el velo, y podría serenar los nervios con un cigarrillo, o si lo prefiere un sorbito de tónico.

—Prefiero no beber… ahora. Y no fumo. ¿Usted ha oído hablar de Clifford Brandon?

—Naturalmente. Maneja millones, y los periódicos lo retratan mucho. Es algo así como el acaparador de no sé qué abonos. Y por

lo visto, esto de los abonos enriquece.

—Clifford Brandon es inteligente, ambicioso, y nunca satisfará su gran ambición. Ya no es dinero lo que quiere, sino dominar a los demás, aplastar las oposiciones, hundir adversarios, y verse temido.

La voz femenina, tras el velo, sonaba rencorosa. Baxter comentó:

—Un águila de los negocios, Comprendo. ¿Y qué con nosotros? Todavía no me ha dicho quién es usted.

—Si lee con atención la prensa, sabrá lo que sucedió recientemente a Clifford Brandon.

—Tengo que confesar que mis muchas ocupaciones no me permiten distraerme con notas de sociedad.

—No eran notas de sociedad. El día 28 de marzo, a media tarde, Clifford Brandon enviudó.

—Ya. ¿Y cómo enviudó?

—Su esposa cayó al mar desde el yate de los Brandon. Accidente. La esposa de Brandon solía beber a veces con exceso. Es preferible abreviar. Vea.

Con las enguantadas manos ella se alzó el velo, mostrando un rostro hermoso, algo ancho de pómulos, de mejillas llenas, grandes ojos claros, breve nariz y labios golosos.

—¿No le dice nada mi rostro, Flanagan? —susurró ella, extrañada—. Vino mi fotografía en toda la prensa.

—Lo siento, Se parece usted bastante a Lana Turner, una de mis predilectas, pero no sé quién es usted.

Sin dramatismo, casi con indiferencia, ella declaró:

—Soy Dafne Brandon, la difunta, esposa de Clifford Brandon.

CAPÍTULO III

Carl Baxter pestañeó, boquiabierto, hasta que recuperado, recordó que estaba en el despacho de Flanagan.

—Oiga, señora, muy respetuosamente y rogándole no se enfade, le hago saber que el psiquiatra tiene su consulta en el piso primero, de nueve a doce, y para casos graves a cualquier hora. La recibirá pues a cualquier hora.

Ella rió suavemente, pero sin alegría.

—Cuando yo por teléfono le dije que le presentaría a una difunta, usted ya me calificó de esquizofrénica embriagada. Pero le resultará muy sencillo comprobar que no miento. Tome mis huellas dactilares, y mañana trate de cotejarlas, pero… es primordial que nadie debe saber que yo, Dafne Branden, de soltera Dafne Linders, estoy viva.

—Un momento, un momento, señora —expelió Baxter, algo confuso—. Parece usted plenamente sincera, pero ha de comprender que anunciarme así de sopetón que es usted la difunta esposa de Brandon, tiene que asombrarme forzosamente.

En pie, Baxter sintió el deseo de beber algo tonificante. Sin duda alguna, en el gran armario archivo y librería, Flanagan guardaría algún frasco de coñac, ya que lo consideraba insuperable medicina.

De perfil, ya junto al armario, explicó a la visitante:

—Mientras recobro mi normal cerebro, permítame refrescarme el paladar.

Su mano derecha tocó el cierre, y empujó hacia abajo la puerta corredera. Se quedó paralizado, porque Dafne Linders, la que pretendía ser esposa del viudo Brandon, lanzando un grito agudo, saltaba en pie, con el hermoso semblante contraído en mueca de horror, dilatados los ojos…

Y a la vez, Carl Baxter sentía contra su hombro que «algo» fláccido, pesado, se reclinaba por un instante. Abrazó… y ya sólo tuvo ojos para ver a Bruce Flanagan, inerte, blanca la piel, con livor mortal.

Lo sostuvo, adivinando oscuramente que estaba en pie, sostenido por la puerta plegable, que al abrirla él, produjo la caída frontal; Bruce Flanagan no se había desplomado al suelo, porque, por segunda y última vez, encontraba apoyo en Carl Baxter.

Los primeros gestos de Carl Baxter fueron maquinales. Aplicó la palma en la carótida, que no latía. Después, con esfuerzo, porque Flanagan era corpulento, lo llevó asido de los sobacos hasta uno de los sillones.

Esta vez no había sido un bolso lastrado el que había abierto una brecha honda en la nuca del detective. La sangre había empapado todo el dorso de la americana.

La funda pistolera aparecía vacía de arma. Carl Baxter cerró los ojos porque notaba silbidos en los oídos, y como un revolotear de pájaros bajo las raíces de sus cabellos.

Apoyado contra el sillón, se irguió de pronto, recordando la visita. Pero ya no había presencia alguna, salvo la de un muerto, y una puerta abierta.

Corrió, pero en el exterior no había nadie. Regresó al teléfono, y marcó un número después de consultar el listín. Dijo:

—Avisen al capitán Davis, que el detective privado Bruce Flanagan está muerto, en su despacho de Russian Hill. Vengan pronto.

Colgó el auricular, y, completamente aturdido, se dejó caer sobre el otro sillón, recientemente ocupado por la que pretendía ser la difunta esposa del magnate financiero Clifford Brandon.

Iba a venir la policía. Le preguntarían qué hacía allí. No era necesario que aludiera a la visitante, ya que nada tenía que ver con lo ocurrido.

El pobre Flanagan, que tenía un «caso de billetes largos», no había aceptado seguramente los diez mil dólares, y ahora… le tomarían la medida para el ataúd.

Pero… lo lógico era que al entrar en su despacho, Flanagan le llamase puesto que era su «ayudante» y no se habían visto desde la noche anterior.

Se estremeció, cercano ya al ataque de nervios, al oír las rápidas pisadas de dos individuos. Llevó la diestra al bolsillo trasero de su pantalón, sin recordar la funda axilar que le colgaba del hombro izquierdo.

Dos policías uniformados aparecieron. Uno de ellos se aproximó al cadáver, y el otro, con calmosa entonación, anunció:

—Coche patrulla 37. Ahora vendrán los del equipo. No es preciso que diga nada, señor. Ya le interrogarán los del equipo.

Carl Baxter permanecía alelado, lívido. Uno de los policías, después de cerciorarse de que Bruce Flanagan era un cadáver, regresó al corredor.

El otro permaneció bajo el dintel, y casi fue paternal:

—Usted se encontraría mejor, si bebiera algo fuerte. Una tarde visité a Flanagan en su otro despacho de Market Street. Tenía un frasco para los amigos, allí.

Señalaba la máquina de escribir, y añadió:

—Decía que así siempre era un arma a mano y en sitio inocente, si la ocasión lo requería.

Alzó Baxter la caperuza. Sobre el curvo bloque de palancas, había un frasco metálico, de tapón rosca en el que vertió Baxter y bebió. Coñac puro, que le entibió las venas.

—Sienta bien, ¿verdad? Si lleva usted armas a la vista, y estaba esperando, es que está en regla con la Ley. Creo que ya vienen los del equipo.

Se apartó, y entraron en un momento cinco hombres, en silencio. Uno se inclinó sobre el cadáver. Dos, sacaron aparatos de sus maletines. Otro, con el índice despidió a los de patrulla, mientras el que había entrado el primero, miró a Baxter.

—Posiblemente, usted es el que telefoneó al capitán Davis. Bueno, yo soy el teniente Merril, de Homicidios. Hábleme tranquilamente.

—Me llamo Carl Baxter, y ayer noche, Flanagan, el pobre… me contrató como ayudante suyo. Esta mañana me extendieron la licencia, y yo sólo debía atender al teléfono en ausencia de Flanagan. A las diez menos cinco, de esta misma noche, telefonearon. Primero, un hombre preguntó por Flanagan y pasó el aparato a una mujer, que dijo más o menos que esperaba que Flanagan no le guardaba rencor, y que le suponía lo bastante listo

para haberse decidido a elegir entre diez mil dólares y un ataúd.

Los ojillos del teniente Merril molestaban a Baxter. Era como si taladraran, incrédulos.

—No pude contestar, porque ella, a la que no conozco, colgó. El teléfono conecta con mi despacho, que es el «B5». Hacia las once vine a ver si Flanagan estaba aquí. No estaba. Abrí este armario, y cayó en mis brazos. Telefoneé a la policía. Esto es cuanto sé.

—¿Alguna idea de quién pudo matar a Flanagan?

—Ni la más remota. Ayer noche, una mujer golpeó a Flanagan, que vino a pedirme le inyectara un revulsivo. Flanagan dijo que era una muchacha bonita, pero sin precisar nada; sólo insinuó que se trataba de un caso donde podría ganar bastante dinero. No he vuelto a ver a Flanagan.

—Es formulismo, Baxter —indicó ahora el teniente Merril.

Uno del equipo asía la muñeca derecha de Baxter, y le presentó una cajita donde brillaba la tinta en el tampón. Con destreza le tomó las cinco huellas dactilares, pasándolas a una cartulina.

Le tendió un trapo, y pasó a echar polvos blancos en el borde del armario. Otro de los policías, comentó:

—Una pistola en el armario, teniente. Me parece que es la de Flanagan, y en la culata hay sangre y cabello.

—Magnífico —aprobó Merril, que tocó en el hombro al forense —. ¿Puede adelantar algo, doctor?

—No hará más de un par de horas que lo mataron. Rota la base del cráneo. Varios golpes, y sobraron, porque le rompieron vértebras con acierto. Quien lo hizo, pegó en el sitio exacto, como un matarife.

El forense salió, y enseguida entraron dos camilleros. El teniente Merril dijo:

—Entonces, usted, al abrir el armario se encontró el cadáver. ¿A qué hora?

—Supongo que hacia las once y cinco minutos. Encontré la puerta abierta.

—Firme en esta hoja, debajo de su domicilio habitual. De momento, váyase a dormir que le hace falta, pero como testigo, no se ausente de la ciudad, sin comunicármelo.

—Así lo haré.

Carl Baxter fué a su despacho a recoger su americana, sombrero

y gabardina. Sólo en la calle, empezó a sentirse menos mareado. La rutina policíaca, fría, había aumentado su nerviosismo. La inquisitiva mirada del teniente Merril, su aspecto de incredulidad, los otros retratando, echando polvos blancos tomando croquis, comportándose como si allí no hubiera un cuerpo que horas antes estaba pleno de energía, con un áspero humor vulgar…

En su cuarto de la pensión pasó a la ducha, despejándose bajo el chorro frío. Flanagan había muerto como pensaba, sin lograr su aspiración de una casita en la montaña, donde cazaría…

Le habían cazado a él. ¿Por qué? ¿Qué sabía? ¿Qué foto era y de qué trataban las dos cartas que le quitó la muchacha del bolso?



El puño izquierdo de Brandon salió disparado, mientras el cigarrillo caía de su diestra...

Se echó en la cama, y antes de sumirse en el sueño, pensó en la extraña Dafne Linders, que con rencor hablaba del viudo Clifford Brandon.

Se despertó, porque más que llamar, aporreaban su puerta. Fué a abrir, malhumorado, y se encontró con dos individuos. Uno de ellos, dijo:

—Vístase, Baxter. El teniente Merril le necesita.

—Bueno. Entren…, y enséñenme sus carnets.

—Está en su derecho.

Poco después, Baxter subía al coche que en la calle esperaba, y al sentarse, quiso saber:

—¿Se ha descubierto ya al asesino de Flanagan?

El policía, a su izquierda, le miró con ojeada agresiva:

—Ya se lo explicará el teniente. Nosotros somos de la cofradía de los sordomudos desde ahora, pero no de los ciegos.

«Gente que gusta de hacerse antipática» meditó Baxter, ciñéndose la gabardina. El coche se detuvo en una esquina de Telegraph Hill. Uno de los policías advirtió:

—Deme la funda axilar, Baxter. No se entra en las oficinas de Homicidios con armas.

—Yo tengo licencia.

—No sirve de puertas para adentro.

Carl Baxter entregó el tirante y la «Luger», y bajando del coche siguió al que le precedía. Le extrañó que a su espalda, el otro policía, no pareciera acompañar a un colega ya que al fin y al cabo eso era, aunque novato, sino acechar a un posible fugitivo.

Subió unas escaleras, y ante una puerta, el que le precedía se detuvo empujando.

Entró Carl Baxter, y miró al teniente Merril, que con expresión cansada murmuró:

—Tengo mucho sueño, Baxter. Sea bueno… y dígame pronto, por qué mató a Bruce Flanagan.

CAPÍTULO IV

Carl Baxter se cogió el labio inferior, porque de pronto le había empezado a temblar. Rabiosamente, cerró y abrió con fuerza repetidamente los párpados. Por fin, ya normalizado, replicó:

—Me sacan de la cama a las siete de la madrugada, me traen aquí como si fuera yo un… ¡Por todos los diablos coronados, teniente Merril! ¿Qué locura me rodea desde el maldito momento en que se me ocurrió echarle agua al rostro a Flanagan? Usted mismo ocupa un cargo de responsabilidad… y tan frescamente me… Si esto sigue así, tendré que pedir una camisa de fuerza.

—Sus antecedentes son buenos, Baxter, y por esto mismo le estoy interrogando a solas. Le repito que tengo sueño. Y también lo tenían los dos hombres que envié a su pensión. Hay indicios bastante rotundos contra usted. Siéntese, y hablemos, si es posible, razonablemente. Si intenta mentirme, le haré trasladar al «salón de las mil y una preguntas». Empezaré por decirle que en el cañón de la pistola «Wesson», propiedad de Flanagan, y con la cual le desnucaron, no hay más huellas que las de Flanagan… y las muy claras de usted, Baxter.

—Los asesinos usan guantes, teniente Merril.

—Salvo en arrebatos violentos, en discusión por intereses o faldas. Es atenuante, Baxter. Pudieron ustedes discutir. Él tenía mal genio.

—Anteayer, cuando vino medio a rastras, me pidió agua, y era la primera vez que yo le veía. Le quité la pistola, porque no sabía quién era. Cuando me mostró su carnet, yo, que tenía su pistola entre las manos, se la di, y como es natural, creo que manoseé el cañón.

—Flanagan era fuerte, y salvo en el caso de estar con alguien de

su confianza, no habría presentado las espaldas. En el armario, además de las huellas de Flanagan, sólo están las suyas, Baxter. Dígame usted con quién estuvo desde las nueve hasta las once de la noche, entre cuyas horas encontró Flanagan la muerte.

—Solo, en mi despacho.

—Y dice que a las diez le telefoneó una mujer hablando de diez mil dólares y un ataúd. Pero a las diez ya estaba muerto Flanagan, y por lo tanto este recado telefónico no tiene sentido.

Carl Baxter, repicando con los nudillos en sus sienes, masculló:

—Trato de atisbar un miligramo de sentido en lo que me está sucediendo. Atienda a la lógica, teniente Merril. Si yo hubiese matado a Flanagan, y no veo motivo alguno, no hubiese sido tan torpe. Repito que hasta un aprendiz de barbero ha leído ya que los guantes sirven para no dejar huellas.

—Deme tan sólo una coartada entre nueve y once de ayer noche, y daré por lógicas sus huellas en el cañón de la pistola, en el cierre del armario y en el pomo de la puerta. Además, lo mataron en su despacho. Hay un vigilante en la planta baja, que recorre todos los pisos, aunque permanece la mayor parte del tiempo en la planta baja. Si hubiesen matado a Flanagan en la calle, y lo hubiesen llevado a su despacho, el vigilante forzosamente habría oído algo.

—Hay escalerilla de incendios.

—Gracias por aclararme el camino a seguir, Baxter.

—Flanagan describió a la chica que le golpeó con un bolso lastrado, con ojos color verde, piel muy blanca, y hablar mimoso. Bonita, y del género bobalicón en apariencia. Después, me dijo Flanagan que la que le golpeó se había llevado una foto y dos cartas. Investiguen el caso que llevaba Flanagan. Yo no tengo inconveniente en ir a la cárcel, si con ello es cogido antes el asesino, teniente Merril. Y sin rencor, porque comprendo muy bien que por ahora lo único visible son mis huellas, y lo único palpable mi presencia allí, sin coartada.

El teniente Merril hizo un ademán de infinito cansancio señalando la puerta.

—Tómese un par de cafés, muchacho. Puedo equivocarme, pero si usted ha matado a Flanagan, yo he perdido, no ya el olfato, sino el sentido común.

—¡Gracias, teniente! Les pasa a ustedes que parecen antipáticos,

y luego son espléndidos. Se ve que el oficio…

—Lárguese, Baxter. Tengo sueño. Y recuerde, que mientras no encontremos al que desnucó a Flanagan, usted seguirá siendo un sospechoso. Pero yo, ni veo el móvil, ni nunca tropecé un asesino tan torpe, y que sepa expresarse con tanta inocencia candorosa. Claro, que a veces la mayor inteligencia consiste en disimularla.

—A dormir, teniente —rió Baxter—. Yo le juro que si tengo algo de inteligencia, no la dejaré reposar hasta que sea vengado el pobre Flanagan. Sabía que moriría pobre y mal, pero fué un hombre decente, que durmió a gusto.

—Algo es algo. No se ausente de la ciudad, Baxter.

En un café, mientras desayunaba, y de nuevo con la «Luger», embuchando el lado izquierdo de su americana, Carl Baxter comprendía que el oficio de detective no era sencillo.

Tenía que enterarse de los pasos de Flanagan el día anterior. ¿Cómo iniciar las averiguaciones? Y después, encontrar a una muchacha de ojos verdes y parla mimosa. Dafne Linders, ¿fingió terror al ver aparecer el cuerpo de Flanagan, o encontró así el medio de huir…? Porque ella entró y salió sin que la viera el vigilante, que lo hubiera declarado, en caso contrario.

Pudo pues tener ocasión… Denegó con la cabeza. No podía hacer suposiciones, sino basarse en hechos concretos. Y no sabía, no tenía la menor idea de lo que debía hacer.

Primero, suponiendo que Dafne Linders fuera una impostora, ya sería una pista. Debía pues buscar fotografías de la difunta esposa de Clifford Brandon. ¿Dónde? En la hemeroteca, pidiendo revistas con crónicas sociales.

Al mediodía poseía una extensa información acerca de lo ocurrido a bordo del yate «Corsair», un triste accidente sin la menor duda.

Y varias fotos, que demostraban también axiomáticamente que la visitante de la noche anterior era «la difunta *Mistress* Brandon».

Decidió visitar al viejo redactor del «Globe», un periodicucho sensacionalista, que era un verdadero manantial de chismes.

Y obtuvo chismes…

—¿Dafne Brandon, que si la conocí? De vista y oído. Era un caso perdido. Habrás leído que un golpe de mar barrió la borda en que ella se apoyaba, sola. Lo cierto es que Dafne Brandon bebía como

una esponja, y también le atribuían afición a drogas. La policía, cuando extrajeron el cadáver, encontró que los tejidos del estómago, pese al lavado forzoso, estaban embebidos en alcohol, como los tabiques de un buen barril añejo. El mar estaba agitado, y pese a tirarse al agua, casi todos los del yate, nada pudieron hacer.

—¿Tiene acaso una hermana? Es que por la calle acabo de ver a una mujer exactamente igual a ella.

—No tiene hermana gemela, si es lo que piensas, y si hay alguna que se parezca tanto a Dafne, no piense ella que hará fortuna ofreciendo su blanca mano al alegre viudo.

—¿Conque el alegre viudo, no?

—Verás… Cliff Brandon, el día de los funerales, puso la cara adecuada, pero entre sus íntimos declaró que casi había sido un accidente providencial, porque por el camino que seguía, Dafne hubiera tenido que ser recluida, ya que varias veces había provocado escándalos por su desmedida afición a los brebajes con graduación elevada. ¿Y a qué viene tu curiosidad por Dafne Brandon? Yo te conozco como extractor de apolillada historia, no como buceador de escándalos sociales.

—Pensé, al ver a esta mujer tan parecida, que posiblemente tuviera una hermana gemela.

—Cuídate la imaginación, muchacho. Bien, y ahora dime, y corrígeme si me equívoco. Ayer tarde obtuviste licencia de sabueso privado, y ayer noche mataron a Flanagan. Es tu deber de compañerismo darme la primera pista, aunque la policía tiene mucho despiste. A lo mejor, y tendría gracia, tú descubres el asesino.

—No me disgustaría, porque si bien conocí muy brevemente a Flanagan, era un buen hombre, pese a todos sus modales.

—Los modales son casi inherentes al oficio de privado, Baxter. Yo sé que es un consejo inútil, como casi todos, pero mejor harías en seguir con la historia antigua. En San Francisco, el ser privado, es aspirar a vivir poco y agitadamente.

—La historia antigua y la moderna, se complementan, y puedo llevar las dos tareas sin excederme, ni en una ni en otra. Ya sabes que la virtud está en el justo medio, y soy un virtuoso. Adiós y gracias.

Comiendo, repasó todos sus recortes. La tarde del 28 de marzo

último, hacia las cinco, empezando a oscurecer, el yate «Corsair» navegaba a poca distancia de la isla de Alcatraz, rumbo a su ancladero privado de la finca propiedad de Clifford Brandon.

La tripulación —doce hombres, piloto, maquinista y capitán—, declaró que *Mistress* Brandon abandonó a las cuatro de la tarde la sala donde los invitados y su esposo compartían dos mesas de *bridge*.

Que estuvo paseando, sola, por cubierta. Que visto el estado del mar, el capitán se tomó la libertad de advertirla que, por prudencia, no debería pasearse tan cerca de las bordas.

Un reportero insinuaba que «el licor podía haber conturbado la noción de las distancias de *Mistress* Brandon».

Hacia las cinco, fue oído el grito que lanzó *Mistress* Brandon al caer al mar, mientras una ola de fondo hacía vibrar fuertemente la estructura del yate, que dió máquina atrás, saliendo apresuradamente de la sala de juego, Clifford Brandon, su hermana, y los invitados.

Fueron inútiles todos los esfuerzos para encontrar a *Mistress* Brandon. Dos días después, la resaca había arrojado un cadáver al interior de una oquedad rocosa del litoral norte de la ciudad.

Fué identificada por Brandon y sus invitados. Hubo una encuesta rutinaria. El veredicto fué «muerte por accidente».

Y Carl Baxter, aun dispuesto a sospechar de todo, mal podía avenirse a admitir que se confabularan en complicidad y en la identificación, quince hombres de mar y los invitados.

Sin embargo, las fotografías le demostraban que la visitante que huyó al aparecer el cadáver de Flanagan, era Dafne Linders… o una mujer exactamente igual físicamente.

Eran las tres menos diez minutos, cuando al atravesar Market Street, iba pensando en la muerte de Flanagan, y luminosa, como una estela de cohete en un cielo negro y denso, se le apareció la «idea».

La idea para atrapar al asesino era tan sencilla, que resultaba candorosa.

Podía aplicársele la máxima árabe: «Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma».

Y en realidad, él, Carl Baxter, incipiente detective que no sabía por dónde iniciar sus indagaciones, había dado con el «quid»,

innegablemente peligroso.

Bastaba un simple anuncio en todos los periódicos de la ciudad, que eran voceados hacia las siete.

Un anuncio que le costaría algún dinero, porque para llamar la atención iría dentro de una orla negra, y en una esquina presentaría el mismo negro trianguló que es usual en las participaciones de luto, y esquelas.

CAPÍTULO V

El administrador consideró muy lógico que el ocupante del despacho «B5» se trasladara al «B8», en el que el juez había ya levantado los sellos, puesto que Carl Baxter era el ayudante del fallecido Flanagan.

Lo consideró lógico, pero muy macabro, porque tener a la espalda un armario en el que estuvo metido la noche anterior un cadáver, no atraería inquilinos. Mejor pues, económicamente, que fuera el «B5» el despacho libre.

El pintor no tuvo mucho trabajo. Siguió en la puerta del «B8» el mismo rótulo, aunque ante el apellido Flanagan añadió:

«AGENCIA»

A las nueve de la noche, en punto, Carl Baxter escribía en su librito recordatorio:

> «Visitar a Clifford Brandon con un pretexto plausible».

Había tomado unas precauciones un poco teatrales, pero que juzgaba muy efectivas. La luz central apagada. La puerta, sin el tirador corrido, podía ser abierta desde fuera.

La lámpara portable que solía estar sobre la mesita de la máquina de escribir, estaba a un lado de la mesa larga, enfocando hacia el umbral. Y Carl Baxter se sentó, en mangas de camisa, en un sillón, plenamente en la oscuridad, a un lado.

Había comprobado que la «Luger» salía perfectamente bien de la funda. Y que el pulgar conocía ya por tacto el doble seguro…

Oyó varias veces, pasos y no pudo impedirse el sentir una excitación poderosa. No era miedo vulgar, sino una sensación entremezclada, donde se dosificaba el anhelo de bregar con misteriosos asesinos, muchachas de bolso de charol, multimillonarios alegremente viudos…

Se pasó suavemente la lengua por los labios, como un gato esperando al ratón, o tal vez porque repentinamente se le había secado el aliento.

Una silueta robusta acababa de empujar la puerta, y llevándose la mano vuelta del revés a los ojos, gruñó:

—Gire la pantalla, Baxter, y no sea peliculero.

Decepcionado, aunque también más tranquilo, Baxter obedeció, apagando la luz portable, después de encender la central.

El teniente Merril, de la Brigada de Homicidios, se instaló en un sillón frente a la mesa. No se quitó el sombrero, ni el abrigo.

—Escuche, valiente —empezó a decir cansinamente—. No sé todavía si es usted un ingenuo con reaños, o un estúpido suicida. Seguramente usted pensará que es muy listo, y ha inventado un nuevo método de investigar. Pretende ser un reclamo para que le desnuquen, suponiendo que el asesino sea tan candoroso como para acudir a su despacho. No vendrá aquí, sino que le desnucará en otro sitio. Mire, Baxter, creo que lo mejor será encerrarlo hasta que nosotros atrapemos al que mató a Flanagan.

Carl Baxter había contado con todo esto, o más… El teniente Merril tiró sobre la mesa, un periódico doblado, y especificó:

—Hay un departamento policial encargado de la pesada labor de desmenuzar todos los anuncios. Los hay muy curiosos, y han servido para cazar fugitivos o bandas enteras. Pero este anuncio suyo, Baxter, bate todos los records de desconcertante ingenuidad suicida.

Desdobló el periódico, para apoyar el índice junto a un recuadro negro, con símbolo de luto en una esquina.

—Lo van a leer hasta los ciegos, Baxter.

—Y el asesino de Flanagan también. Es un anuncio magistral —y complacido, Carl Baxter leyó en voz alta el anuncio que había hecho insertar.

«AGENCIA FLANAGAN».

> «Comunica a su clientela que sigue a su servicio el detective Carl Baxter, tramitando los asuntos pendientes que dejó el fundador, y en especial el referente a una fotografía y dos cartas desaparecidas. Consulta especial de nueve a once de la noche, edificio Coral, de Russian Hill, cuarto piso, despacho "B8". AGENCIA FLANAGAN».

—Este anuncio es estúpido, Baxter. Equivale a decir más o menos: «Señor asesino: sírvase presentarse de nueve a once». Es un anuncio de una candidez abrumadora, porque si realmente tuviera usted una pista, como la tuvo Flanagan con sus dos cartas y la fotografía que le quitaron, no pondría tal anuncio, sino que iría a visitar al presunto asesino.

Carl Baxter iba asintiendo, porque no podía decirle al teniente Merril que el anuncio tenía como base primordial atraer de nuevo a Dafne Brandon, y que era su único medio de volverla a ver, explicándole así, por el anuncio, su presencia en el despacho de Flanagan.

—Puede ser que los que ofrecieron diez mil dólares a Flanagan, y éste al no aceptarlos, les inquietó, crean que conmigo será más fácil entenderse, puesto que no saben que yo no tengo la menor idea de lo que contenían las dos cartas y la foto que la chica del bolso negro arrebató a Flanagan.

—Escuche, Baxter: yo podría emplearme a fondo para conseguir que le retiraran la licencia que obtuvo gracias a Flanagan.

—No he cometido nada delictivo, teniente.

—Ya sé, y yo tardaría una buena quincena en lograr la rescisión de su licencia. Pero tenga lógica, ¡demonios! ¿Qué se propone? Que el asesino cándidamente, le crea poseedor de alguna prueba, y no venga aquí, sino que en cualquier lugar le quite de en medio. No tiene usted la menor pista, y es un perfecto novato en lides de investigación, y no me diga que porque sabe encontrar la pista de los faldellines que usaban los escoceses allá por el 1600, se considera capacitado para poder caminar por los complicados senderos de una investigación.

—Trataré de aprender. Precisamente estoy tratando de

comprender cómo fue posible que a Flanagan le sorprendieran por segunda vez. La noche anterior, ya le habían sorprendido. Yo comprobé que habían quitado los estantes del armario, para dejarlo allí en pie. Tuvo pues el asesino tiempo suficiente para retirar los estantes.

—Su primer error, Baxter. Por unas líneas de polvo, se comprobó que los estantes habían sido sacados con anterioridad, muchos días antes. Los estantes fueron dejados por el propio Flanagan a un lado, y por motivos especiales, suponemos que para poder ocultarse en este compartimiento si el caso lo requería, fué por lo que el propio Flanagan quitó dichos estantes.

—Era fuerte y desconfiado. Además, había conectado su teléfono con el mío. Lo normal era que al entrar en su despacho, ya que no lo arrastraron ni lo llevaron desde el exterior al armario, hubiese hablado conmigo, alzando la palanca de conexión.

—A menos que encontrase en el despacho, esperándole, a una persona de su máxima confianza. Por ejemplo, usted. Fue mi primera conclusión. Traté de reconstruir la escena. Entra Flanagan, y ve una persona de su total confianza. Se aproxima al armario, en busca de algo y hace descender la puerta corredera del compartimiento. Le golpean, y al efecto, en última reacción, él se vuelve. Pero para el asesino, es ya fácil empujarle y dejarle reclinado de espaldas, contra el fondo. Cierra, y se va por la escalerilla de incendios. Entre los documentos de Flanagan no se ha encontrado nada en absoluto que nos permita saber en qué caso estaba metido, y que le resultó su último trabajo. Bueno, yo ya le he advertido, Baxter. Es usted mayor de edad, y tiene licencia legal para morir a su gusto. Pero está en curso un expediente contra el agresor o agresores de Flanagan, y es su obligación comunicarme cualquier indicio o prueba que le salga al paso. De no hacerlo, se le retirará automáticamente la licencia. Los privados son una maldita plaga, y no quisiera incluirle en el índice de payasos embusteros, porque por ahora parece usted un muchacho recto, pero los conocí como usted cuando empezaron su carrera, y los que no murieron, se malearon. Hasta pronto, Baxter.

—Gracias por sus consejos, teniente. Procuraré seguir los pasos de Flanagan, menos el último, naturalmente.

Carl Baxter a solas, fué a examinar el dispositivo colocado

aquella misma noche en el pestillo interior, y que se descorría al pulsar un botón al pie de la lámpara portable, sobre su mesa.

Así estaba a salvo de una posible irrupción violenta, y podía abrir a prudente distancia, cuando alguien llamase.

Pero aquella noche nadie llamó. Cuando Baxter se retiró a su pensión, caminó con toda clase de precauciones, recordando lo dicho por el teniente Merril: el asesino de Flanagan, no sería tan cándido como para visitarle a domicilio.

Pidió al llegar, el registro, para ver si alguien nuevo se había inscrito. Seguían siendo los mismos conocidos los que residían en la pensión.

A la mañana siguiente, cuando se disponía a salir, le llamó el conserje de recepción:

—Un sobre de «Messenger Boya», para usted, señor Baxter. Lo trajeron anoche hacia la una, y estimé mejor no despertarlo. Firme por usted, y le ruego tenga la bondad de firmar aquí.

Lo hizo Baxter, recogiendo un sobre alargado de papel parafinado. En una esquina presentaba la contraseña de alas propia de todas las Mensajerías de la ciudad.

Un servicio competente.

Rasgó el sobre, cuando estaba ya en la acera. Extrajo un papel doblado en tres. En su parte superior, cogidos con un «clip», diez billetes nuevos de cien dólares.

A máquina, decía:

> «Acepte esta invitación a visitarme entre diez y once, en mi residencia “Brandon Nest”, de Nob Hill. Le ruego no mencione esta insignificancia. Si mi secretario se opusiera a su visita, dígale sencillamente estas dos palabras: “Costa Rica”».

No había firma. Carl Baxter permaneció unos instantes inmóvil. Nunca podría acusar a Clifford Brandon de haberle remitido mil dólares, como anticipo del precio de su silencio, porque cualquier máquina podía haber escrito aquellas líneas, y era inútil que fuera a la Central de Mensajerías.

Aquel servicio era muy rápido. No requería empleado. Unas

columnas instaladas en plena acera como los buzones de correos, proporcionaban el sobre y un impreso con las tarifas según distancias y volumen. El usuario se limitaba a introducir dentro del sobre lo que había escrito. Y había sobres de todos tamaños, y también cajas, para obsequios. Consultaba la tarifa, y con clips que facilitaba otro servicio automático de la columna, colocaba al exterior del sobre cerrado la cantidad.

Cada media hora, pasaba uno de los coches, recogiendo y distribuyendo. El papel escrito por Clifford Brandon estaba doblado adecuadamente, es decir, mostrando en el rectángulo transparente su dirección, escrita también a máquina. La de su pensión.

Carl Baxter introdujo todo en el sobre, y empezó a andar casi como un sonámbulo. ¿Sabía ya Clifford Brandon que su esposa estaba con vida, y por eso le llamaba?

Sentía una inmensa curiosidad por conocer a Clifford Brandon, el «águila» de las altas finanzas. No quería emplear un taxi, que suponía un testigo.

Fué al garaje de Twin Peaks, donde eligió un «Mercury» dos plazas, de color gris. Dejó la fianza exigida, firmando un cheque, y el empleado que tomó nota de su carnet, le sonrió con cierta admiración. En San Francisco, los detectives privados eran personajes intermedios entre el granuja pistolero, y el sabueso atrevido.

Condujo con euforia hacia Nob Hill, la colina residencial de millonarios, y hoteles de gran lujo.

La montaña había acudido a Mahoma… enviándole como preludio mil dólares.

CAPÍTULO VI

«Brandon Nest» elevaba sus tres pisos con dos torreones, en medio de un gran parque, a un lado de la carretera serpenteante que enlazaba entre rododendros la señorial Nob Hill, donde antaño los mineros enriquecidos hacían construir sus palacios de mármol.

Eran las diez y veinte cuando Carl Baxter detuvo su recién alquilado «Mercury» frente a una verja de hierro forjado, en cuyo remate, una de las columnas, decía en letras de plata:

«BRANDON NEST»

Tocó el clakson y acudió un hombre con delantal de cuero, en el que sobresalían herramientas jardineras. Dijo:

—Buenos días.

—Lo son. Me espera el señor Brandon.

Estaba dispuesto Baxter a ser el «clásico» privado peliculero, hablando incisivamente, para lo cual bastaba apretar los dientes.

El jardinero abrió, y el «Mercury», deslizándose sobre la arena con grava de la alameda, fué avanzando hasta un recuadro entre parterres, donde ya había otros dos coches.

Un sobrio y distinguido «Cadillac», y un coquetón «Auburn» color guinda. Aparcó su discreto «Mercury» a un lado del «Cadillac».

A pie se encaminaba hacia la escalinata, maravillándose ante el portento de soportales que formaban galería a un lado y otro del gran porche de la entrada principal, cuando del porche, y acudiendo a su encuentro, apareció un elegante joven.

Un hombre que tendría unos veintiocho años, alto, cabello negro engominado, andares algo saltarines, de bailarín, aunque sus espaldas eran anchas. Lo calibró mentalmente Baxter como un

dandy, muy preocupado por su ropa, pero sin blandura.

Unos rasgos faciales enérgicos, aunque ahora sonriera amablemente, al llegar Baxter a lo alto de la escalinata.

—El señor Brandon me ha citado. Me llamo Carl Baxter.

—Me temo que debe haber error, señor Baxter. Soy el secretario personal del señor Brandon, y a esta hora, el señor Brandon no cita nadie, puesto que a las once se dirige a su despacho de la ciudad.

—Esto no va conmigo. Dígale que soy el de Costa Rica.

Cambió en un momento la amabilidad sonriente del secretario, que dijo:

—Hágame el favor de seguirme, señor Baxter.

Era asombrosa la atinada mezcla de suntuosidad y buen gusto que por doquier se percibía, desde el amplio vestíbulo hasta el saloncito en el que el secretario introdujo a Carl Baxter, para salir enseguida.

Carl Baxter estaba excitado, aunque íntimamente, porque por fuera gozaba aparentando ser un «nido» privado, con el sombrero algo echado hacia atrás, y los pulgares en las sisas de sus tirantes.

Permaneció en pie, curioseando. Muebles, vitrinas con porcelanas asiáticas, tallas de marfil, lacas, miniaturas de Sajonia, cristales de Bohemia.

Los cortinajes, la alfombra, los cuadros, todo parecía elegido por un técnico dotado de muy buen gusto.

Oyó unos pasos, y, dando media vuelta, examinó el umbral.

Un individuo alto, de cabello muy rubio, ondulado y peinado hacia atrás, formando casi melena en la nuca. Vestía un traje «marengo», donde el negro claro se moteaba de casi invisibles motas grises.

Una corbata morada, y una camisa color crema, así como una gardenia en el ojal, complementaban su natural elegancia.

Sus ojos, de un color pardo, llamaban la atención porque tenían las comisuras un poco oblicuas. Muy brillantes, con pupilas risueñas, pero de penetración profunda.

No en vano, Clifford Brandon era un conocedor de hombres, y un capitán de industria. Era también un hombre guapo…

Avanzó con aplomo, y su primera frase de salutación era extraña:

—Posiblemente, no encuentra a su preferida graduación el

calefactor de este salón, señor Baxter.

Miraba hacia el sombrero, y comprendió Baxter; y obedeciendo a reflejos de su verdadera personalidad, se lo quitó. El multimillonario sonrió, añadiendo.

—En Costa Rica hace más calor. Según parece, usted ha dicho a mi jardinero y a mi secretario Tim Abbot, que yo le he citado. Pero no recuerdo.

—Usted mismo me recomendó discreción.

En pie, Brandon rió. Una risa armónica, de hombre muy equilibrado, mental y físicamente.

—Tal vez será mejor que me diga lo que motiva su presencia aquí, a una hora en la que atiendo a mi desayuno, y cosas particulares.

—Bien. Creo que lo más natural será que usted empiece a hablar.

Le rebelaba íntimamente a Carl Baxter ver tan risueño y cínico a un viudo reciente, y no pudo impedirse el añadir:

—Francamente, para ser usted un viudo reciente, señor Brandon, tiene un magnífico aspecto. Diría yo que parece usted la verdadera encarnación del viudo alegre.

—Le ilustraré, Baxter. Fué casi un bien para Dafne morir accidentalmente. Hubiera terminado mal.

—Ningún médico la desahució, que yo sepa.

—Hay caídas morales peores que las físicas. Le soy tan confidencial, porque según me dice mi secretario Abbot, ha leído un anuncio extraño, según el cual un tal Carl Baxter, agente privado, se ha hecho cargo de los asuntos pendientes del fallecido detective Flanagan. Resulta curioso que un detective acuda a visitarme pretextando una cita inexistente, y se entrometa en intimidades, ya demasiado aireadas, desgraciadamente, por la Prensa. En concreto, Baxter: ¿qué desea, y para qué ha aludido usted a Costa Rica?

—Lo que resulta curioso es su actitud, Brandon. ¿También a mí me dará a elegir entre diez mil dólares… o un ataúd?

Clifford Brandon siguió sonriendo, pero sus mandíbulas sobresalieron. Extrajo una pitillera de platino, que abrió, y sin ofrecerla sacó un cigarrillo.

Del paquete metido en el bolsillo interior para cigarrillos, sacó Baxter un «Chesterfield», encendiéndolo.

Ambos, en pie, estaban a unos dos pasos de distancia.

—Personalmente no he tratado más que en raras ocasiones a detectives privados, y siempre me dieron la impresión de ser unos perdonavidas. Lo que en usted se agrava, porque parece desconocer cierta ley contra insinuaciones calumniosas, al hablar de Costa Rica y un ataúd.

—Prefiero pues hablar de Dafne Linders, su difunta esposa.

—Ya se habló demasiado de este infortunado accidente. Mi tiempo está encasillado en determinadas normas, Baxter. Concrete el motivo de su visita.

—¿Ha oído hablar de una fotografía y dos cartas que desaparecieron?

—No.

—Pero sí sabe que Flanagan fué asesinado, después de rechazar una oferta de diez mil dólares para guardar silencio, acerca de una determinada investigación.

—¿Sobre…?

—Sobre la extraña muerte de Dafne Linders.

Lo que siguió demostraba que Baxter era un novato, y que Brandon dedicaba una hora diaria a ejercitar sus músculos.

El puño izquierdo de Brandon salió disparado en excelente directo mientras el cigarrillo caía de su diestra, que dobló en matemático gancho al estómago, el efecto contundente del directo a una ceja.

Carl Baxter, totalmente ajeno a ser agredido tan inesperadamente, por el que le había enviado diez billetes de cien, se inclinó hacia delante, mareado.

Notaba que en rededor de su cabeza, un coro de diablillos rojos bailaban desenfrenadamente, silbando con agudos pitidos, mientras que en su estómago se hincaba un pesado martillo.

Trató de enderezarse, pero en realidad cayó de bruces, arrodillado, con la cara contra la mullida alfombra.

Oyó, muy lejana, una voz que le decía amablemente:

—No puedo perder mi tiempo yendo a denunciarle por puercas insinuaciones, Baxter, pero quítese de mi camino, o le dolerá.

Carl Baxter fue afianzando aun más las manos, y sacudiendo la cabeza, consiguió ir recuperando poco a poco el control de sus sentidos.

Se fué incorporando, dispuesto a abalanzarse contra el «viudo alegre» y devolverle con creces los dos alevosos puñetazos.

Ya en pie, notó que algo tibio le corría por la parte izquierda del rostro desde la ceja partida…

Pero ya no estaba en el saloncito Clifford Brandon, sino dos hombres, a uno de los cuales ya conocía: Tim Abbot, el secretario, y otro individuo fuerte, con librea gris de chofer.

—Tómelo con calma, amigo —aconsejó el secretario—. Curtis le acompañará hasta su coche, y le proporcionará con qué arreglarse el ojo.

A Baxter, el ojo izquierdo le latía con palpitaciones sonoras, ya que le repercutían en los tímpanos. Sacó un pañuelo, aplicándoselo sobre la ceja izquierda. Entre dientes, comentó:

—El que da, puede recibir. Al menos, podía haberse esperado el honorable «viudo alegre», y no enviarme a sus dos… ayudantes.

—Tómelo con calma, amigo —repitió Tim Abbot, pero no había ya la menor cordialidad en su tono ni semblante—. Curtis le acompañará.

Gene Curtis, el chofer particular de Clifford Brandon, tenía en la mano un pequeño maletín, en cuya cubierta había una crucecita roja destacándose en la blancura del esmalte.

Carl Baxter sentía un furor inmenso. Era la primera vez que recibía un castigo físico, humillante, porque no pudo siquiera mover un solo brazo.

Comprendió por la actitud de aquellos dos, que sería empeorar su situación, acudiendo a violencias.

Y además, el furor lo experimentaba contra el risueño y cínico viudo…

—Hasta otra, Abbot, y puesto que es secretario personal del «viudo alegre», dígale de mi parte que le agradezco el recibimiento.

Atravesó el umbral, recogiendo el sombrero que le tendía Abbot. Tras él, oía los pasos de Gene Curtis.

Bajó las escaleras, y ya junto a su coche, se acodó. Gene Curtis le presentó el maletín abierto.

—Por lo visto, van siempre equipados, Curtis, en esta casa.

—Es el botiquín del coche, señor —replicó, sombríamente respetuoso, el chofer—. Le recomiendo un lavado con alcohol en la ceja, y la aplicación de esta pomada coloidal. Si el señor me lo

permite, puedo curarle. Es una cura un poco dolorosa, pero muy eficaz.

—Lo que no mata, endurece, Curtis. Despáchese a gusto.

El chofer indicó:

—Sírvase sentarse en el guardabarros, señor. Podré repararle mejor.

Estuvo Curtis manipulando unos instantes. Sus dedos eran ágiles, y alternativamente, fué sintiendo Baxter intensos picores, frescor y alivio. Terminando de adherir un poco de esparadrapo, dijo Curtis:

—Mañana mismo la hinchazón habrá desaparecido, aunque permanecerá unos días con la cuenca algo azulada. La ceja queda ya cicatrizada con el coloidal y una grapa, que no debe quitarse hasta dentro de dos días, así como el esparadrapo.

—Es usted un experto curandero, Curtis. ¿Es que el «viudo alegre» le contrató como cirujano también?

—Fui campeón del peso medio en Oakland, señor.

—Ah… caray —rió sin ganas Baxter, penetrando en su coche—. Y a lo mejor, Tim Abbot es un yudoka tercer grado, cinturón negro. Iré prevenido la próxima vez que me entreviste con Brandon. Tome, Curtis.

El chofer miró perplejo el billete que, enrollado en su índice, le ofrecía desde el volante Baxter. Objetó:

—El señor, seguramente, se equivoca.

—No haga remilgos, Curtis. Paga el «viudo alegre».

Gene Curtis cogió el billete de cien, que le sacó de su sombría adustez.

—Muy agradecido, señor Baxter. Y no tome a mal un consejo. No se interese por esto de Costa Rica, porque el señor Brandon sabe siempre el terreno que pisa, y siempre saldría usted perdiendo.

El chofer se alejó, y mientras ponía el contacto, Carl Baxter reflexionó que no se debía a los dos puñetazos ni al método curativo del chofer campeón su aturrullamiento.

Era difícil poner en orden todo aquel rompecabezas, del que ya había sacado una grapa en la ceja, un ojo hinchado, y calambres en el estómago.

Le enviaban mil dólares, citándole. La mención de Costa Rica producía en el secretario una hostil reacción, y el chofer le aconsejaba se apartase de «esto de Costa Rica».

Pero los puños de Brandon no entraron en acción, hasta que no oyó la frase referente a la…

Carl Baxter permaneció con las manos en el volante, detallando con placer a la mujer que se aproximaba. Una verdadera muñeca sugestiva, digna de figurar en las hojas de almanaque del «Squire». Un talle que podía abarcarse con dos manos, un busto agresivo, una melena de un rubio cobrizo que le rozaba las espaldas…

Entre dientes, silbó Baxter, plenamente sugestionado. El rostro de aquella sirena era un poco bobalicón, debido al mohín de los labios muy rojos, y a las mejillas llenitas.

Unos ojazos verdes de ensueño… Entraba ya en el coche color guinda, sentándose, y empuñando el volante.

Arrancó el «Auburn», y sólo entonces Carl Baxter exclamó:

—¡La nena del bolso!

Pisó el acelerador, dispuesto a perseguir a la que llevaba un bolso de charol negro… «Tez de nata, ojos de menta…». «Una sirena bobalicona, que me dejó sin resuello»…, definió Flanagan a la que, tras golpearle con las cantoneras del bolso de charol negro, se marchó llevándose una foto y dos cartas.

El «Auburn» pasaba ya por la abierta verja, y descendía hacia la ciudad, cuando Baxter, excitado, conducía a unos diez metros de distancia, bien dispuesto a no ser la segunda víctima del bolso de charol.

Aquella muchacha tan atractiva, había salido de la residencia de Brandon, el hombre que de diez a once se ocupaba de sus cosas particulares.

Tenía por fin una pista tangible, algo sólido. Rió con gemido, porque al arrugarse su pómulo izquierdo, acababa de ver surgir bengalas de diversos tonos en el parabrisas.

—Veremos a ver quién pega la segunda vez, viudo Brandon. Por lo que deduzco, debía demostrarte que estaba dispuesto a ser discreto, que era lo que me indicaste con tus mil dólares. Pero ahora, esta preciosa ladrona de cartas y fotografía, que emplea por arma un bolso, tendrá que explicarme la relación que hay entre su presencia tres noches antes en el despacho de Flanagan, y su visita a «Brandon Nest» en la hora de los asuntos particulares del execrable y odioso cínico que… Bueno, «tómelo con calma, amigo». Ya dicen los chinos que la cólera es el soplo que apaga la débil llamita de la

inteligencia humana.

El «Auburn» abandonaba ya la rampa, para virar penetrando en la larguísima arteria central de Market Street. Calle de tiendas gigantescas, Bancos, oficinas públicas, de tráfico ensordecedor, con sus tranvías que emiten su ruido de hierros desquiciados, a lo largo de cuatro vías paralelas, y que corta en dos la ciudad, desde el sur al oeste.

El «Auburn» atravesó dos manzanas, virando para penetrar en un lateral, la calle de Bay Bridge, donde se detuvo hacia su mitad, en el aparcamiento del Mission Park.

Hizo lo mismo poco después Carl Baxter, viendo perfectamente cómo la rubia despampanante, penetraba en el número 153 de Bay Bridge, un edificio de ocho pisos.

Saltó del coche yendo al «Auburn», de cuyo parabrisa colgaba la patente del año. Leyó el nombre de la propietaria:

«Hazel Reding»

CAPÍTULO VII

Carl Baxter, en el vestíbulo del número 153 de Bay Bridge, se dirigió hacia el casillero de buzones, buscando el nombre Hazel Reding.

Lo encontró en la tercera hilera:

«HAZEL REDING, 8.º 4.ª izquierda»

Los tres ascensores funcionaban constantemente en aquel edificio cuyas seis primeras plantas eran oficinas de exportación, navieras, compañías de seguros, y sólo los dos pisos altos eran departamentos particulares.

En el ala izquierda del último piso, al fondo, cerraba el corredor la puerta marcada con un «4» dorado, dibujado en forma algo oriental.

Carl Baxter, al aproximarse a la puerta, estaba bien decidido a no dejarse sorprender.

Pero se sobresaltó cuando al disponerse a pulsar el timbre, una voz «mimosa, pastosa» como había definido Flanagan, invitó desde dentro:

—Adulante, Carl Baxter. Le estaba esperando.

Era una voz agradablemente acariciante, con el grave aterciopelamiento de un contralto.

Un encanto más, en el compendio de temibles encantos de la propietaria del «Auburn» color guinda.

No fue por afán de personificar al detective valentón, por lo que Baxter, empujando con un pie la entreabierta puerta, penetró de modo teatral.

Apenas hubo entrado se adosó a un lado, volviendo a cerrar, de

un taconazo, conservando la diestra en el interior de su americana. Miró en rededor de aquel vestíbulo acogedor y muy a tono con la filigrana que, en el umbral de una sala, frente a él, sonrió, diciendo:

—Una entrada un poco melodramática; ¿no le parece, Baxter?

—Le pido excusas, pero un exceso de confianza, es mortal de necesidad en mi «perro» oficio.

—Me doy cuenta que, en efecto, lleva usted huellas de un encontronazo molesto. Si quiere sentarse, no tema ver surgir agresores. Éste es mi piso, soy una señorita sola, me llamó Hazel Reding, y no tome a curiosidad mi interés en averiguar las razones por las que su coche me ha seguido, y ha ido usted a leer mi patente.

Carl Baxter permaneció con confortador contacto contra la pared, junto al quicio. Dió un golpe con el pulgar a su sombrero, para echarlo hacia atrás.

Se encontraba muy a gusto en el papel de detective vapuleado.

—Clifford Brandon me sorprendió, y no quisiera tropezar dos veces en la misma piedra. Usted tiene espejos, y puede en ellos ver reflejado el motivo por el que la he seguido.

—Un modo extraño de galantear. Yo soy amable, pero hasta cierto punto, Baxter. ¿Qué desea y qué se propone?

—A esta distancia nos quedaremos roncos, Hazel. Usted puede sentarse, y estará más cómoda. Póngase confortable, como si estuviera en su casa, Hazel.

Ella avanzó hacia un sillón, y al sentarse, adquirió, envarándose, la actitud de una colegiala aplicada dispuesta a oír a un maestro.

Pero Carl Baxter seguía viendo el bolso de charol negro sobre una mesita.

—Puedo sufrir alucinaciones de resultas del efecto doble de un puñetazo alevoso, y su aparición espectacular, Hazel. Pero usted me corregirá si me equivoco. Creo haberla visto salir de «Brandon Nest», hará cosa de veinte minutos, aproximadamente.

—Era yo. No sufre alucinaciones.

—Se da el caso curioso que Brandon me notificó que de diez a once, sólo atendía asuntos particulares. ¿Es usted su manicura?

—Yo podría indicarle que se dedicase a perseguir a otras, que serían más agradables que yo. Pero es preferible escucharle. Debo decirle que detesto a los detectives privados, porque, en su mayoría,

son unos engreídos y groseros perdonavidas.

—Yo constituyo una honrada excepción. Puede apreciar en la parte superior izquierda de mi cara, la demostración, de que en mis visitas soy tan comedido y cristiano, que tiendo la mejilla, pero me dan en el ojo.

Acentuó ella una sonrisa, entre burlona y afable.

—No es tan antipático como supuse, Baxter.

—Ganaremos a medida que nos conozcamos. También era una honrada excepción el hombre al que usted le quitó una fotografía y dos cartas. Se llamaba Flanagan.

—Bruce Flanagan, sí. Un grosero, pero honesto privado. Cometió una imprudencia al pretender quedarse con una fotografía y dos cartas, que me quitó. Las recuperé.

—Su sinceridad me abruma, Hazel Reding. ¿No ha leído usted un anuncio bastante explícito?

—Lo he leído, pero debo desengañarle, Baxter. Yo no maté a Flanagan, porque una vez recuperado lo que me pertenecía, para mí, Flanagan pertenecía al inmenso grupo de desconocidos.

—Usted telefoneó alrededor de las diez de la noche, poco antes de que muriera Flanagan, y le daba a elegir entre diez mil dólares o un ataúd. Reconocí ahora perfectamente su voz.

—Yo escuché su conversación con el señor Brandon. También le hizo una insinuación calumniosa… y puede verse en los espejos.

—Puede usted coger su bolso… Lo que no acierto a comprender, es cómo pudo Flanagan definirla como «bobalicona». Tal vez, en silencio, tenga usted la expresión de un angelito, pero me habla muy sencillamente, sin remilgos ni coqueterías. Y su actitud me deja más desconcertado que si me atacara con el bolso.

—Su veteranía le puede iluminar.

—Percibo la nota pseudo-irónica. Ilumíneme.

—Le dieron la licencia anteayer. El día anterior era usted un pacífico asesor histórico… Realmente, esto le ha salvado, porque en un principio creyeron que pertenecía al bando de Lojendio, o que estaba usted pagado por él.

—Oiga, he reconocido que soy un novato y un mal investigador, desde el momento en que Brandon como respuesta pudo ponerme «k. o.». Pero por favor, ¿quién es Lojendio?

—Usted, para verse con Brandon, citó Costa Rica… ¿y quiere

hacerme creer que no sabe quién es Lojendio?

Carl Baxter respiró a fondo. Empezaba a sentirse como el que se extravía por laberintos de una gruta obscura.

—Resulta usted gracioso, sin proponérselo, Baxter. Amenaza a Brandon, y me sigue hasta aquí… y quiere hacerme creer que no sabe quién es Lojendio —subrayó ella.

—Escuche, preciosidad —replicó, amoscado, Baxter—. Si usted pretende acabar de convertirme en lo más próximo al cretino imbécil, he de decirle que puede equivocarse conmigo. Lojendio me tiene sin cuidado, y también Costa Rica, que me basta saber que está en Centroamérica. Usted ha admitido que fué a visitar a Flanagan y le quitó…

—Perdón, fui a recuperar lo que era mío.

—Una explicación que al teniente Merril no le convencería, posiblemente. Es el policía encargado de investigar la muerte de Flanagan.

—No se preocupe por mí; se lo ruego, Baxter.

Estaba encantadora, con el vestido primaveral, de tela sutil, en estampado vistoso, y sus piernas atraían la admirativa ojeada masculina, que se detenía complacida en las sandalias de alto tacón.

—Estilo griego; quieren imitar los coturnos —aclaró ella, balanceando uno de sus pies—. Naturalmente, los tacones no son griegos, pero el color es acertado, ¿verdad?

—El mismo color de la sangre de Flanagan, cuando fué a solicitar que le inyectara un revulsivo.

Ella rió, pero una expresión repentinamente furiosa en el rostro de Baxter, que crispó la boca, al repercutir en su arcada tumefacta, la mueca furiosa hizo que ella dijera con cierta prisa:

—Yo lamento la muerte de Flanagan, como sentiría la de cualquier otro ser humano. Pero por lo que se refiere a mi bolso… fuí mujer. No podía llegar ante Flanagan diciéndole que me devolviera una foto y dos cartas. Él no me conocía. Por eso empleé el recurso de hacerme la muchacha tonta.

—Ya… Antes me dijo que Flanagan le quitó del bolso la fotografía y las dos cartas. Y ahora dice que Flanagan no la conocía.

—De oídas, pero no de vista. Penetró en este mismo piso. ¿Quién le envió? Es un misterio, al igual como quien le indicó a usted que citará la nación centroamericana, y le creo sincero al

decir que no sabe quién es Lojendio.

—De mi sinceridad, soy juez. También he de admitir que no me agrada la idea de pensar en usted como en una posible criminal. Pero es significativo que yo oyera por teléfono su voz…

—Por teléfono, las voces de mujer son poco identificables. Piense también, que alguna mujer, conociendo mi tono, puede imitarlo fácilmente.

—Usted salía de visitar a Clifford Brandon…

Ella volvió a reír, y el temblor de su blanca garganta, resecó la de Baxter.

—¡Por Dios, señor detective! No vaya ahora a decirme que no sabe quién soy…

—Bien, ¿es que supone usted que llevo en la cabeza una registradora de nombres y apellidos?

—Contesto con otra pregunta, ¿por qué no se sienta?

Señalaba ella un sillón frente al que ocupaba. Carl Baxter comprobó que daba la espalda a una pared.

Se sentó, quitándose el sombrero.

—El señor Brandon maneja muchos negocios. Necesita técnicos en diversas materias, y paga espléndidamente. La prueba es mi coche, y este piso. Hace dos años necesitaba un estudio sobre cafetales y fibras textiles de Costa Rica. Supo que yo había residido desde mi infancia en San José, donde mi padre era agregado comercial de la embajada. Le gustó mi trabajo, y me contrató por cinco años, con unos honorarios estremecedores. De vez en cuando, efectúo un viaje a Costa Rica.

—Y esta mañana, cuando yo llegué, estaba usted allí.

—Ello estaba relacionado con su anuncio en la Prensa.

—¿Qué tiene que ver Costa Rica con la fotografía y las dos cartas que usted le quitó a Flanagan?

—Mucho y que no es de su incumbencia, Baxter. Digamos que son altas finanzas, en las que, a sueldo del señor Brandon, yo represento una modestísima figura.

—Una figura que adormece el instinto de conservación de Flanagan. ¿Se da cuenta que puedo ir a repetirle al teniente Merril cuanto acaba de decirme?

—Su testimonio vale tanto como el mío. Negaré rotundamente. Escuche, Baxter, y le hablo amistosamente, pese a que los detectives

privados no son de mi agrado. Seré una mujer joven, pero por la carrera de mi padre, y al quedarme pronto sin madre, crecí casi como secretaria de mi progenitor. Conocí muchas intrigas de finanzas, y le aconsejo que se olvide de lo referente a Costa Rica. Es muy libre de hablar con el teniente Merril, pero me temo, que le procesen a usted por calumnia.

—Ya… El tiburón se traga a la sardinilla, y yo soy el pececillo que osa nadar en las turbias aguas donde es Brando el Neptuno. Hace muy poco que nos conocemos, y pese a saber que usted me oculta verdades, simpatizo… Prescindo de que es usted magníficamente bonita, porque esto ya lo sabe. Lo que me irrita es que éste usted metida en «altas finanzas», como las llama… y que a mí me huelen a sucios manejos, donde pueden morir hombres. Yo seguiré adelante por este laberinto. Hazel, y de veras le digo que me dolería… que fuéramos enemigos.

—Gracias. ¿Desea beber algo?

—Prefiero ir a poner en orden mi cabeza, porque ante usted, soy incapaz de coordinar con lógica.

En pie, Carl Baxter aproximándose a la puerta, anduvo de lado. Ella sonrió:

—Soy una mujer sola.

—Es usted adorable mintiendo, callando, sonriendo…; en fin, es usted espléndida, y me disgustaría terminase mal.

—¿Por qué me acusa de mentirosa?

—Soy un detective novato y malo, pero no tanto…

Carl Baxter, siempre con la diestra como si palpara su corazón, señaló con la mano izquierda, que sostenía el sombrero, hacia el umbral de la sala:

—¿Tiene allí las bebidas?

—Usted pida, y yo le traeré lo que pida.

—¿A qué molestarse? Allí hay, cuando menos, dos camareros.

Ella se levantó, para acercarse al umbral de la sala. Dijo, sonriente:

—Buenas dotes deductivas en usted, o torpeza en los señores Grijalba y Montalbán. Ellos oyen, pero no han de presentarse. Estaban aquí, por si usted fuera alguien pagado por Lojendio, pero creo que ya están convencidos de que no es así.

Baxter agitó de nuevo el sombrero hacia la sala.

—Extraños negocios los de Brandon, que tiene un chofer campeón de boxeo, y un secretario con pinta de pistolero bailarín. Y si les pudiera ver la cara a estos dos «grasosos», seguro que…

—Me es usted simpático, cuando es usted, Baxter, pero cuando juega a detective, no me merece cordialidad. No insulte a dos caballeros que no le molestan.

—Y que se mantienen agazapados. En fin, ya nos volveremos a ver, Hazel. Acépteme un consejo… Cuando tenga dos pistoleros morenos al acecho, dígales que en el piso de una mujer bonita deben cuidar mucho de las encontradas trayectorias de los espejos.

Había ya abierto a su espalda, y siempre vigilando la posible irrupción de los dos atildados individuos de morena tez que había vislumbrado desde el sillón, por la refracción de dos espejos, se despidió:

—Hasta pronto, Hazel, para bien o para mal.

Ya en el exterior, corrió sin el menor disimulo hacia la caja de los ascensores, y pulsó el botón sin perder de vista la puerta marcada «4», que siguió cerrada, hasta que penetró en el ascensor, que le pareció muy confortable.

Cuando estuvo en la calle, apresuró el paso hacia su coche. Consideraba muy desagradable que aquel primor de criatura estuviera mezclada en turbios negocios incomprensibles…

Penetró en su «Mercury», pensando que le convendría aceptar la sugerencia del garajista de comprarlo a largos plazos.

Dió la vuelta a la llave del contacto, y de pronto, miró con recelo el cambio de marchas, bajo el volante.

Indudablemente, para ser un detective privado, había que tener un cerebro muy despejado, y un corazón blindado, así como nervios a prueba de toda sorpresa.

Del cambio de marchas colgaba un saquito azul, que despedía un grato olor a espliego. Lo tocó, y crujieron las semillas. Recordaba haber visto semejantes bolsitas en armarios de ropa de hacendosas amas de casa, o en bolsos de mujeres.

Desprendió el lacito de flecos dorados, y abrió la bolsita. Entre las olorosas semillas encontró una tarjeta doblada. Habían borrado de ella los nombres, con gruesos trazos de tinta.

Decía:

«En la carretera a Berkeley, en el parador “El Dorado”, hay muy discretos comedores. Le espera la visitante del velo negro».

Carl Baxter cruzó los brazos sobre el volante. Dafne Linders, la difunta con vida; Flanagan, el que se reclinó contra su hombro, muerto; Clifford Brandon y su gardenia, el chofer curandero, el secretario peligroso, la rubia con dos «morenos» sombríos, ocultos… y ahora aquel saquito de aromática lavanda…

Acudiendo a una invitación, también sin firma, había recibido dos puñetazos dignos de Joe Louis.

¿Qué le reservaba la nueva invitación? Encendió un cigarrillo, pensativo. Lo normal, sería ir a visitar al experto teniente Merril, y contarle la visita de Dafne Linders.

Pero lo que hubiera hecho normalmente, no contaba, porque seguía viendo a un elegante financiero, que después de propinarle dos puñetazos, tras enviarle mil dólares, se marchaba, dejándole en humillante postura ante un secretario y un chofer.

Y por encima de todas las caras, dominaba con lógica rotundidad el semblante aniñado de Hazel Reding.

Había algo cómo un reto en la actitud amistosa de Hazel Reding. Y consideraba casi vergonzoso acudir al teniente Merril.

Puso en marcha su coche, virando para penetrar de nuevo en Market Street en busca del Bay Bridge, que lo conduciría a la carretera del norte, hacia Berkeley.

De vez en cuando, miraba por el espejo retrovisor. No le parecía que era seguido, pero realizó varias comprobaciones, penetrando por carreteras secundarias, deteniéndose, y volviendo a ponerse en marcha.

No le seguían. Además, en un parador de la carretera, no podían tenderle una emboscada.

La visión en el retrovisor, de su ceja con esparadrapo y el amoratado círculo que se hinchaba en las pestañas, dando estrechez de rendija a su ojo izquierdo, le llenaba de íntimo furor contra el viudo alegre.

Y también sentía un inmenso regocijo, pensando en la satisfacción que le inundaría, cuando pudiera demostrar, con la presencia de Dafne Linders, que Clifford Brandon no empleaba

pistoleros o asesinos, solamente para sus extraños negocios, sino también a bordo de su yate…

En la milla 18, un cartel con una flecha, anunciaba:

**«Parador EL DORADO, a
800 m.»**

Embaló su «Mercury» por la carretera lateral, que entre pinos conducía a las márgenes de la extensísima bahía, por cuyas riberas se esparcían las ciudades de San Francisco, Oakland y Berkeley.

El parador era uno de tantos, pero al detener Baxter su coche bajo uno de los toldos, experimentó la sensación de que aquel parador era para él un jalón más en el muy complicado camino que estaba recorriendo desde que un detective privado fué a pedirle que le inyectara un revulsivo.

Era un mediodía agradable, y sin embargo un escalofrío recorrió la espina dorsal, del que con paso aplomado se dirigía hacia la galería del solitario parador, sin presencia humana alguna.

La puerta estaba cerrada, así como las ventanas.

Carl Baxter, a unos diez pasos de la galería, miró al piso alto. Vió la gran pancarta:

**«Para arrendar o comprar, dirigirse a
Scott & Bradd,
Berkeley»**

No había más coche que el suyo, y ningún edificio cercano. Allá a lo lejos, en la curva de verdor, chalets, del barrio playero de Berkeley. Y en la curva azul del mar, un balandro meciéndose graciosamente.

Carl Baxter, introducida la diestra bajo la solapa izquierda, empezó a sentirse inquieto. Lucía el sol, y todo el panorama era tranquilamente idílico.

Hubiera preferido ver a dos «morenos» sombríos, o cualquier síntoma de amenaza, pero todo era silencio y abandono.

Estaba ofreciendo un blanco infalible, pensó con creciente desconcierto.

Crujió una madera, y Baxter crispó la diestra en rededor de la culata de la «Luger»…

En la planta baja acababa de abrirse la puerta. Una mano femenina, enguantada, con brazalete de oro, hizo ademán invitador.

Carl Baxter avanzó, cuando ya medio abierta la puerta, reconoció a Dafne Linders.

CAPÍTULO VIII

—Le hice esperar para cerciorarme de que nadie le había seguido, señor Baxter.

Cerraba ella la puerta. Sin sombrero ni abrigo, vestida con un discreto traje de punto gris, Dafne Linders era una vital realidad, en aquel desierto comedor, oliendo a moho de abandono, con la mortecina luz eléctrica encendida al fondo, sobre la herradura del mostrador.

—Leí su anunció, y comprendí quién era usted, ya que también leí lo relativo a la muerte de Flanagan. Desde un «taxi» le seguí, y mientras estaba en el 153 de Bay Bridge, coloqué en su volante mi tarjeta. Este parador fué dejado por su dueño hace ya más de un año. No le resultaba el negocio. Lo compré, porque siempre deseé invertir dinero mío en algo sólido, y fui dejando pasar los días, antes de decidirme a arreglarlo. Ahora tengo aquí un seguro escondite, hasta que al transcurso de un mes, mi heredero… Clifford Brandon, entre en posesión de mis bienes. Pero por ahora, aquí estoy segura. Y podemos hablar, porque es muy necesario, señor Baxter.

—Y tanto —sonrió él—. Tengo una sed espantosa. ¿Hay algo parecido a una nevera con cualquier líquido potable, señora Brandon?

—Y todo lo necesario para comer, allí.

—No tengo apetito. Pero un «Coca-Cola» me sentaría bien, acompañado de otros dos más.

En el desierto local que resultaba más grande por su vaciedad de muebles, y a la escasa luz, Carl Baxter se encaminó hacia el mostrador. Una nevera empotrada, mostró surtido de fiambres y

botellas.

Hizo saltar tres coronas metálicas, bebiendo a gollete el espumoso refresco, antes de girarse.

En uno de los altos taburetes empotrados, se había sentado Dafne Linders y Baxter, aproximándose desde el interior, no fué capaz de expresar la irónica idea que se le había ocurrido, de ser un «barman».

Hubiera sido indelicado, hacia su «cliente», acusada de dipsomanía. Ella pareció adivinarle.

—Iba a invitarme a beber algo. ¿Por qué no? Un vermut no es perjudicial. Hay un «Campari» suave.

—Al instante, señora. Es preferible que recurra al buen humor y que usted me ayude, si no es mucho pedir, señora Brandon.

—Llámeme Dafne.

Extrajo Baxter la botella y dos copas, escanciando el vermut. Ella asió la copa sin ansiedad, casi por cumplido, y bebió un sorbo escaso.

—¿No llamará la atención mi coche?

—Vienen pintores y excursionistas, y dejan sus coches bajo los toldos. Necesitaba verle, y no quería volver allí. Hizo usted muy bien en insertar el anuncio. Supongo no le extrañaría mi huida, pero usted me decía que era Flanagan, y de pronto, el ver aparecer a Flanagan muerto, me produjo una impresión horrible. Llegué a pensar que usted era un asesino enviado por Clifford, y que después de matar a Flanagan, iba a…

—No se excite, Dafne.

Ella bebió un sorbo más. Algo se infiltró en la mente de Baxter, muy confusamente en su confuso rompecabezas. Acababa de oír algo semejante a una disonancia, como cuando se escucha una melodía y de pronto suena un instrumento desafinado.

Pero no tuvo tiempo de plasmar la nota falsa, porque ella proseguía:

—He de explicarle todo como sucedió, porque tengo plena confianza en usted, y sé que me ayudará.

—Indudablemente. Esta mañana su cariñoso esposo me dejó esta huella de bienvenida.

—¿Por qué fué a verle?

—Lea esto.

Sobre el mostrador dejó Baxter el sobre de las Mensajerías, del que había extraído un billete de cien, para darlo al chofer Curtis.

Ella leyó el mensaje y mientras volvía a doblarlo con sus manos enguantadas, explicó Baxter:

—Fingió ignorar de qué le hablaba. No le mostré este papel. Pero cuando insinué la posibilidad de algo poco normal en… el accidente a bordo, me golpeó inesperadamente, y antes de irse, me dijo que no se tomaba la molestia de denunciarme.

—De frente, nadie puede con Clifford. Puedo odiarle, pero debo reconocer su inteligencia.

—Hablaremos después de Costa Rica y otras cosas, pero ahora me sacaría usted del atolladero, contándome cómo pasaron las cosas, y por qué él quiso matarla.

—Quiere casarse con Hazel Reding.

—¿Eh?… Un momento, señora Brandon.

—Dafne. Me horripila oírme llamar así.

—Bien, perdone. Usted pretende que Clifford quiso matarla, para casarse con Hazel. Estamos en una comarca donde el divorcio se obtiene fácilmente.

—Él sabe que yo, aunque él hubiera conseguido el divorcio, no le habría dejado disfrutar de otra luna de miel. Me consideraba peligrosa, porque le amo…

—¿Por qué no acudió a la policía?

—Por lo que acabo de decirle. Porque le amo, y no quiero verle en la silla eléctrica.

—Entonces, ¿qué desea de mí?

—Que obtenga las pruebas, con mi ayuda, de su intento de asesinato. A ser posible una confesión escrita, o que grabaría en disco. Y así, él siempre atado a mí.

—Podría volver a intentar la suerte… Perdón.

—No se excuse —sonrió, tristemente, ella—. Comprendo que, a veces, por exceso de amor, las mujeres resultan insoportables. Eso me lo dijo él… No podría repetir su intento, si yo poseyera una confesión.

—Todas las declaraciones coinciden en que los invitados y tripulantes juran que usted estaba sola paseando por cubierta.

—Había niebla, y los tripulantes sólo me oyeron gritar. Pero los invitados sí me oyeron claramente llamar a Clifford dos minutos

antes.

—¿Que usted le llamó?

—Sí. Y él estuvo apenas un minuto conmigo… Volví a reprocharle las atenciones que dedicaba a Hazel, y él me atajó impaciente, volviéndome la espalda, camino de la cámara. Apenas transcurrió medio minuto, cuando estando yo en el cercano «deck» de los botes de salvamento, sin barras de protección, una mano empujó. Grité, y caí al agua.

—Repítame quiénes eran los invitados.

—Los calificábamos así, pero en realidad eran carne y uña de Clifford. Su hermana Muriel, su secretario Abbot, Hazel Reding, y él mismo, compartían una mesa. En la otra cámara, y no me vieron ni oyeron llamar a Clifford, estaban los costarriqueños Grijalba y Montalbán con sus respectivas esposas, hecho que fué silenciado, por razones de política exterior, ya que no convenía dar a la Prensa la publicidad sobre la presencia de ministros del gabinete del presidente Héctor Trubal, derrocado hace dos meses por un golpe de estado de su adversario Lojendio.

—Eso después, Dafne. Bien, entonces, tanto Abbot, como Hazel y Muriel la vieron a usted llamar a Brandon. Y usted supone que él les conminaría a guardar silencio.

—Así es. Hazel por interés, porque es una gata ambiciosa. Muriel porque nunca me apreció, y es su hermana. Abbot, porque gana un buen sueldo.

—Un momento. Dice que Abbot gana un buen sueldo… ¿Puede usted ofrecerle a Tim Abbot una cantidad crecida?

—Podría intentarse. Tiene usted razón, Baxter. Una idea excelente.

—Pensaremos en ello. Siga. Usted cayó al agua…

—El mar estaba agitado, pero soy buena nadadora. Me sumergía, alejándome cada vez que veía el foco de las canoas, buscándome. Estaba horrorizada, temiendo que si era él…

—Lo comprendo. Siga.

—Pude llegar a tierra, no muy lejos de aquí. Estaba exhausta, aterrorizada, incapaz de moverme.

—Un momento. ¿Sabe su marido que este parador es de su propiedad?

—No lo sabe. Fué una inversión personal, y la hice a nombre de

una razón comercial que patenté en el registro hotelero.

—Bien. Entonces, verdaderamente es un seguro refugio.

—Cuando llegué a tierra, estaba tan fatigada, tan fuera de mí, que cualquier ruido me desquiciaba. Figúrese mi asombro cuando, disipada la niebla, y brillando luna clara, vi un cuerpo femenino medio desnudo, en una oquedad cercana. Me acerqué. Era una muchacha joven, ahogada. Debía llevar tiempo en el agua… Tenía mordeduras de peces o cangrejos, no sé… Más o menos mi estatura y rubia… No sé cómo se me ocurrió aquel pensamiento. Acabé de desnudarla, y le puse cuanto yo llevaba encima, hasta mis joyas. Era una oquedad poco frecuentada, y por eso tardaron en encontrarla, buscándome a mí.

—¿Cómo se proporcionó ropas y dinero?

—Vine aquí, donde encontré un viejo vestido mío, sandalias y un impermeable. Fui a una casa al exterior de San Francisco, en la montaña, donde tenía mi caja particular. Los colonos dormían, y no me oyeron. Saqué otras joyas, dinero, y un maletín con ropa y mi abrigo de pieles. Volví aquí, aguardando. Al cabo de dos días leía en los periódicas que había sido descubierto mi cadáver. Y antes de dos semanas, después de intensa lucha interior, telefoneaba a Flanagan diciéndole que le podía presentar a la difunta esposa de Brandon. Como ya le dije a usted, mientras le suponía Flanagan, aquella noche, él me trató de esquizofrénica. Y ahora, yo le prometo que si logramos obtener la confesión de Clifford, de un modo u otro, no se arrepentirá de haberme ayudado, Baxter.

—Lo intentaré. Pero ¿y la muchacha ahogada? Alguien la reclamará, o hará constar su desaparición.

—A centenares en todos los estados, y sobre todo en California, hay muchachas guapas que abandonaron sus villorrios en busca de fortuna. De momento, en una tumba, hay un cuerpo femenino mutilado por su permanencia en el agua, en el panteón Brandon. Y si yo acudo a la policía oficial, aun podría Clifford, con su influencia, conseguir que me declarasen demente.

—Creo que… si usted en mi compañía se enfrentara con Tim Abbot, Hazel Reding… y por último con su viudo…

—Sí —admitió Dafne—. Pero habrá de obtener primero la declaración de Abbot. Es ambicioso, y posiblemente, ofreciéndole una cantidad crecida, y al verme…

—Yo podría traerle por aquí. Ya encontraría un pretexto. Déjeme unas horas para pensarlo… Ahora hábleme de todo ese lío de Costa Rica.

—Mientras era ministro del gabinete Trubal, en la cartera de Comercio, Grijalba representaba para mi marido el monopolio exclusivo de la compra del café. Y en el mismo gabinete, el ministro de Hacienda, Montalbán, garantizaba a Clifford la adquisición en monopolio de la fibra textil. Pero un aventurero, Lojendio, consiguió apoderarse del gobierno, y tuvo que huir Trubal acompañado de Grijalba y Montalbán. Mi marido se propone reponer a Trubal y sus ministros, porque desde que Lojendio gobierna, el café y las fibras textiles son adquiridas por una compañía británica.

—Comprendo ahora. Me ha hablado Hazel de una fotografía y dos cartas.

—La fotografía representaba a mi marido estrechando la mano de Héctor Trubal, y las dos cartas eran de mi marido y de Trubal, aludiendo a los monopolios de café y fibras.

—¿Cómo estaban en poder de Flanagan?

—Es muy posible que Lojendio tenga agentes, que pagasen a Flanagan para obtener esta fotografía y las dos cartas, que guardaba Hazel Reding, quien aparentemente ocupa el cargo de secretaria para asuntos centroamericanos. Hace cuatro años que mi marido la conoció, y se enamoró lentamente de ella. Yo fui viendo lo que sucedía…

—Es posible, entonces, que Hazel matase a Flanagan, ya que éste aun desposeído de la foto y las cartas, podía revelar a la Prensa los manejos de conspirador de Clifford Brandon.

—Clifford tiene mucho dinero, pero ya no es dinero lo que busca. Es la sensación de poder, de dominio, el mover los hilos que pueden derrocar gobiernos… Son muchos millones los que le supone el triunfo a su favor. Y muchos en contra, si permanece firme Lojendio. Y Clifford no ha titubeado nunca al encontrar un obstáculo.

—Veamos si puedo resumir…

Carl Baxter pasó a ocupar un taburete junto a Dafne Linders. Intentó concentrarse, olvidándose del traje de punto revelador…

—Son testigos de que usted llamó a Brandon, minutos antes de

ser empujada, Tim Abbot, Muriel Brandon y Hazel Reding. Descartemos a Muriel por ser hermana. Intentaré primero con Tim Abbot, buscando un argumento plausible. Permanezca usted aquí, y anotaré el teléfono, o sabedor ya de que usted me espera aquí, cuando acuda con Tim Abbot, tocaré el claxon tres veces al penetrar bajo el toldo. ¿No cree usted que siendo mujer, Hazel al verla rediviva, confesaría más pronto?

—Me odia. Es mejor intentar obtener de Tim Abbot una declaración escrita, con la que, posiblemente, lograríamos la de Hazel, y por último, la de Clifford, y habría terminado su misión, Baxter. Todo quedaría entre nosotros cinco, y percibiría usted la cantidad que ahora mismo puede fijar.

—De momento, tengo novecientos dólares de su viudo. Y siendo mi primer caso, lograr apabullar a Clifford y devolverle la caricia, me recompensaría de sobras. Voy a dejarla para poner en orden todos los puntos. No creo poder traer aquí a Tim Abbot en pocas horas. Pero ingeniaré el mejor medio. Y por favor, no salga de aquí, señora Brandon. Es un refugio ideal.

Ella asintió, y de pronto dejó caer la cabeza sobre sus brazos cruzados encima del mostrador. En pie, a su lado, Carl Baxter dio unas torpes palmadas en los redondos hombros.

—No se inquiete, señora Brandon, que todo saldrá como usted desea. Pero es una lástima que siga usted queriendo a ese cínico rubio platino de la gardenia, que declara que fue preferible que usted muriera.

Sin alzar la cabeza, ella susurró:

—¿Usted ha amado alguna vez, Baxter?

—Muchas… pero se me pasó pronto.

—Por esto mismo no puede comprender los sacrificios a que puede llegarse cuando se ama de veras.

—Depende. Yo podría amar mucho a mi esposa, pero si pretendiera quedarse viuda, y me diera un empujoncito, al salir a flote, el viudo y muy a gusto, iba a ser yo.

—Los hombres suelen ser egoístas. Nosotras, cuando amamos, es sólo por una vez.

—Conozco excelentes Evas que se han casado con reiterada furia, jurando amor eterno, hasta que iban a visitar Reno.

—No es mi caso.

—Es una lástima. Usted supone pues, que cuando acorralemos a Clifford, él aceptará olvidarse de Hazel, y serle fiel a usted eternamente.

—Acusado de intento de asesinato, Clifford habría terminado moral y civilmente. Y si podía resignarse a perder a Hazel, no se resignaría a perder su posición y crédito.

—¿Por qué me han aconsejado todos que deje lo referente a Costa Rica?

—Es alta finanza, y le suprimirían si le creyeran dispuesto a revelar los contactos de mi marido con Grijalba y Montalbán. Le suprimirían siempre que tuviera usted pruebas, como pudo poseerlas el pobre Flanagan. Confío en usted, Baxter. Sáqueme pronto de esta angustiosa espera.

—Con gran placer, Dafne. No es preciso que me acompañe. Admiro su valentía, y respeto su mal empleado amor. Hasta pronto… y espero convencer a Tim Abbot.

Ella permaneció con la cabeza reclinada sobre el mostrador. Un escorzo que ponía más de relieve su anfórico cuerpo…

En la carretera general hacia San Francisco, un interrogante repicaba con tesón en el cerebro del detective novato.

¿Qué pasos debían darse para encontrar prontamente la personalidad de una muchacha rubia, ahogada… enterrada en el panteón de los Brandon, bajo el nombre de Dafne Brandon?

CAPÍTULO IX

En el «Cosy», mientras un camarero depositaba en su mesita un combinado, Carl Baxter consultaba el listín, hasta que por fin halló el número que buscaba.

Lo marcó en el portátil conectado por el mismo camarero, y preguntó:

—… ¿Hazel Reding?

—… La misma y a punto de salir a almorzar, Sherlock. Su voz es muy personal.

—… Tampoco la suya es vulgar. Oiga, si en verdad no le soy antipático, ¿por qué no acepta comer conmigo aquí en el «Cosy»? Pediré nata, fresas y menta, sus ojos, su boca y su cutis, que me tienen intrigado, porque no supuse que fuera posible el flechazo así…

—… Creerán que somos marido y mujer, al verle el hermoso color azul obscuro de su ojo izquierdo, Carl.

—… Mejor. Me agrada sea usted amable y humorística. Tregua de paz, y la espero ilusionado. Oiga, es verdad… Hace tiempo que no…

Ella había cortado. Y pensativo, Carl Baxter no supo discernir si mentía o era sincero al haber dicho que esperaba ilusionado.

Un detective enamorándose de la mujer que asesinaba, no sería extraño, si esta mujer fuera Hazel Reding. Sacudió la cabeza, en negativa furiosa. Si comprobaba que Hazel había intervenido en la muerte de Flanagan, no titubearía un solo instante en llevarla ante el teniente Merril.

Se sobresaltó, porque acababa de sentarse al otro lado de la mesa un individuo flacucho y melancólico, de ojillos penetrantes.

—¡Caray, teniente! Estaba pensando en usted, precisamente. ¿Es

cliente del «Cosy»?

—A ratos perdidos. Comunicaron de un garaje que un privado había alquilado un «Mercury», cuya matrícula fué anotada. Y una patrulla vió el «Mercury» detenerse hace poco, y al conductor con el rostro algo estropeado… Oiga, yo no soy su nodriza, Baxter. Lo digo porqué el capitán Davis, a quien le recomendó Flanagan, me ha hecho acudir a inquirir si está usted bien, si se siente animoso, si no quiere engrosar la lista de aficionados incompetentes que han terminado en la cárcel o en la fosa… ¿Qué le ha pasado en la cara?

—Saqué la cabeza a destiempo, y me di con un poste. Oiga, teniente, yo no le echo, pero como estoy esperando a una señorita…

—Cuando ella venga, me iré. No tengo pruebas, Baxter, pero apostaría mi paga de un año a que usted está resbalando ya.

—Écheme una mano. ¿Qué haría usted para encontrar el paradero de una joven desaparecida en California?

—Ahora está buscando una joven desaparecida, ¿no? ¿No estaba usted deseoso de vengar a Flanagan?

—El orden de los factores no altera el producto.

—Ya insertó un anuncio. Repita.

—No me interesa la publicidad.

—Entonces, si sabe cómo se llama, busque en el Censo de Empleados del Sindicato Central.

—No sé cómo se llama.

—Recorra todos los dispensarios de urgencia, describiéndola. Repase las listas de embarque, las de clínicas, pensiones, hoteles, y si no ha cogido un tren o aceptó ir en coche con un desconocido. ¡Sopla, demonio! ¡Qué maravilla de mujer!

El teniente Merril pestañeó, humanizado, al ver aproximarse a Hazel Reding. Carl Baxter, molesto, se levantó:

—Casualmente pasaba por aquí el teniente Merril, señorita Reding.

—Celebro conocerla, señorita. Bien, el undécimo no estorbar. Tal vez usted conseguirá mejores resultados, señorita Reding… Seguro que sí… No le gustaría tener un marido detective, ¿verdad?

Se alejó Merril, y en voz baja, dijo apresuradamente Baxter:

—No le llamé ni le hablé de ti, Hazel; te lo aseguro.

—¿Desde cuándo nos tuteamos, Carl?

—Desde que éramos así de pequeños, porque para mí, te

conozco hace toda una vida: la mía. Te llevaba tan metida en el alma, que al verte, tardé en reconocer en ti a mi elegida, ya que me abrumó, como a todos, tu arrolladora presencia física. Luego, mi alma habló, y supe que eras tú la mujer que he estado esperando.

Ella miró con curiosidad al sinceramente inflamado Baxter, que bebía el resto de su combinado.

—¿Una nueva táctica de investigación, Carl? Si sospechas de mí, es desleal el procedimiento.

—Costa Rica, Lojendio y todos sus ministros, me tienen enteramente sin cuidado, Hazel. Puedes estar muy segura de ello.

—¿Has abandonado las pesquisas en torno a la muerte de Flanagan?

—Eso no. Pero ya te he dicho que soy un detective en aprendizaje, y ando muy despistado. Tal vez por esto, atiendo A una corazonada. Es imposible que tú mates a nadie, si no es de amor… Mátame ya.

Ella rió, destellantes los verdes ojazos.

—Eres muy peligroso, Carl, con esta mezcla de ingenuidad, atrevimiento y pasión. ¿Te has preguntado si estoy casada, o tengo novio?

—El Destino no puede ser tan cruel conmigo. Y por ti, por obtenerte, sería capaz de luchar hasta contra el propio… Brandon. El rumor popular supone que Brandon lleva tiempo suspirando por tu acaparamiento de seducciones visibles y recónditas.

Ella dilató los ojos, y su boca se redondeó en precioso mohín de asombro.

—Esto es absurdo, Carl. El señor Brandon no ama más que a una persona en el mundo: a él mismo.

—Se casó con Dafne Linders.

—Ella representaba para el señor Brandon una sólida razón comercial. Se casaron por conveniencia, con pacto de amistad, pero ella se enamoró rendidamente. Pobre mujer… No quiso admitir que Brandon es totalmente insensible al amor. No negaré que el señor Brandon me mira alguna que otra vez con ojos de varón, pero críticamente, como cuando examina una porcelana antes de colocarla en el olvido de una vitrina. Nunca me hizo la menor insinuación… y yo no soy porcelana de vitrina.

—Me siento ahora más eufórico. Olvidemos todo esto, y déjame

zambullirme en las claras aguas de mi pasado, mientras obedecemos al prosaico rito de la «jamancia».

—No es preciso que acudas al léxico detonante de tu disfraz de privado, Carl. Te he creído cuando me has afirmado que frente a mí no está un investigador en ciernes, sino un simpático compañero.

Todas las puerilidades de su infancia, adolescencia y la monotonía de su bien remunerado trabajo de asesor histórico, desfilaron. Ella manifestó que debido a hallarse siempre rodeada de hombres que colocaban el poder del dinero por encima de todo, encontraba una novedad en el que declaraba ser su máxima ambición, «el Universo de dos en compañía».

Terminada la comida, ella insinuó:

—Supongo que habrás progresado en tus investigaciones.

—Veo una lucecita aun lejana, pero que va agrandándose. Nunca pude imaginar que un crimen contuviera tantas excitantes sorpresas, y bendigo el momento en que decidí iniciar la carrera de investigador, porque así te he conocido. Y tú podrías ayudarme.

—Mientras no sea nada referente a mi trabajo con el señor Brandon, sí. Mi contrato estipula que cualquier indiscreción mía será causa de rescisión y demanda judicial.

—Fuiste ya indiscreta, puesto que citaste tu visita a Flanagan.

—Obedecí al señor Brandon.

—Entonces, ¿cuándo salías de «Brandon Nest», suponías que yo iba a seguirte?

—Naturalmente, puesto que parecías enterado de ciertas cosas que sólo Flanagan podía haberte dicho.

Pagó él, levantándose:

—¿A dónde vamos ahora, Hazel?

—Tengo que terminar un resumen de cuanto hemos hablado referente a mi cargo, pero hacia las cinco, puedes pasar a buscarme. Podré servirte un té como nunca lo has probado.

—De tus manos, veneno…

La vió alejarse en el llamativo «Auburn», y adoptó su favorita postura. Cruzado de brazos sobre el volante, trataba de resolver un enigma que le importunaba muy personalmente, no como incipiente y entusiasmado descubridor de intrigas, sino como hombre.

¿Mentía Hazel Reding al negar que Clifford Brandon estuviera enamorado de ella?

Decidió recurrir al viejo periodista, el «Globe», que hacia las tres de la tarde se despertaba para efectuar su desayuno-almuerzo, en un cafetín ruidoso, concurrido por los llamados «chicos de la Prensa», aunque muchos de ellos habían rebasado la cincuentena.

Lo encontró dando fin a una serie de «crepes» bañadas en confitura, y que deglutía con la ayuda de grandes sorbos de café.

—Vaya con el sabueso Baxter. Empiezas pronto a mostrar las huellas inequívocas de tus deslices. Este ojo a la funerala, da un matiz muy varonil a tú ya recia personalidad de galán deportivo.

—Una sorpresa más entre las insospechadas.

—Los privados reciben muchas sorpresas desagradables si no saben por dónde pisan, muchacho. Es como si los ciudadanos quisieran vengarse en ellos de la inviolabilidad física de la policía oficial. ¿Comprendes lo que pasa? A un oficial o un uniformado, salvo un borracho o un loco, nadie piensa en que puede propinarles un golpe. Se desquitan con vosotros. Además, tú eres demasiado bien educado, aunque posees músculos. Al que consideres sospechoso, atácale de firme, asústale… pero siempre prevenido.

—Así lo haré. Tú eres un talento, y no hay chisme que no conozcas. Por casualidad, ¿es cierto que Brandon y una secretaria que tiene para sus negocios centroamericanos, van a casarse?

—Brandon es un pez muy frío, pero depende de la materia candente que posea la secretaria ésa. De todos modos, no hay anuncio de boda, aunque naturalmente por más viudo alegre que sea Brandon, debe dejar pasar un tiempo convencional. Oye, estás muy interesado en todo lo referente a Brandon.

—Si me juras el secreto profesional, te juro a mi vez darte las primicias del caso más sensacional que te has encontrado.

—Todos los que empezáis esta carrera de sabuesos, veis montañas de sensación donde no hay más que imaginación desbocada. Pero por si las moscas, juro silencio absoluto.

—Facilítame un dato. Imagínate que deseas encontrar la residencia de una mujer rubia natural, que no sabes cómo se llama, y desapareció hará más o menos unos veinte días.

—Esto es elemental, muchacho. Vete al Depósito Central. Allí tienen las señas personales, de cuantos ciudadanos han desaparecido sin dejar huellas, y han sido reclamados por sus familiares.

—Supongamos que es una mujer sin familia, sin amistades, procedente de Europa o de otro Estado.

—En su pensión, hotel, piso o donde trabajaba, habrán notado su falta. Vete al Depósito Central, en Telegraph Hill, sexto derecha. ¿Andas buscando a una muerta? Empiezas a tener el paladar macabro.

—No dije muerta, sino desaparecida. Gracias, pozo de sabiduría.

Al exhibir su licencia, le facilitaron a Baxter, en la oficina de identificación de la Morgue de San Francisco, la larga lista de señas completa que, familiares o amistades, daban de personas desaparecidas.

Talla, peso, color de cabello, cejas y ojos, última vez que fué vista, motivos por los que pudiera sospecharse una fuga o una fatal resolución, edad, estado y lugar de nacimiento.

Muchas con fotografía. Una hora después abandonaba aquella atmósfera, impregnada de fenol, sin haber hallado lo que buscaba. Pero recordó que también Berkeley y Oakland poseían un idéntico servicio.

En Berkeley, anotó un nombre, y en Oakland, dos. Sentía la embriaguez alegre del que se halla cerca de la solución de un intrincado caso de sorprendente tortuosidad.

Pero su reloj marcaba las cinco menos diez, y emprendió a gran velocidad el regreso a San Francisco.

Un té inmejorable… sin duda alguna.

Recordó que debería inquirir si Dafne Linders tenía la protección de un arma, y caso contrario, facilitarle una… para sus entrevistas con Tim Abbot… y Clifford Brandon.

Era preciso preguntarle a Hazel… si Dafne Linders llamó a su esposo un poco antes de las cinco de la tarde en el yate, y de ser así, por qué ella lo había ocultado en sus declaraciones ante la policía. Sólo ahora comprendía los quebraderos de cabeza que jalonaban a diario el trabajo, que parecía rutinario, de hombres como el teniente Merril.

Pero era una profesión que resarcía, porque producía emociones sin igual en la lucha cerebral de dos inteligencias: la que todo lo sabía, por tratarse de la mente del propio asesino, y la del investigador, que tanteaba a obscuras, deducía y por fin, al encontrar el último cabo de la madeja, obtenía una doble

satisfacción.

El orgullo de demostrar mayor inteligencia y defender la inmutable ley humana de que el crimen debe ser castigado, con tanta y mayor inexorabilidad cuanto más imperdonable es el delito.

En el ascensor silbó alegremente. Pronto demostraría que estaba preparado para desenmascarar al ser que se creía superdotado para el crimen, y que ahora preparaba otro, después de causar dos víctimas.

Empujó con euforia la puerta «4» del octavo piso del 153 de Bay Bridge, y se quedó estático, alzando las dos manos por reflejo instintivo.

En cada costado sentía la opresión conminatoria de un cilindro metálico, cuya identificación no era difícil. La puerta se cerró y, en el amplio vestíbulo sin luz, las dos pistolas le empujaron ahora por los riñones.

CAPÍTULO X

El estallido de la luz hizo parpadear a Baxter, en el centro del vestíbulo. Frente a él, acodado a una repisa, estaba Clifford Brandon. A un lado, sentada en un sillón, Hazel Reding, que nerviosamente encendía un cigarrillo.

Carl volvió ligeramente la cabeza, reconociendo al chofer Gene Curtis y al secretario Tim Abbot.

Clifford Brandon aspiró el aroma de su gardenia… Un contacto frío en la sien de Baxter acompañó el gesto con el que Tim Abbot extrajo la «Luger» de la funda axilar del visitante.

Carl Baxter dejó caer lentamente los brazos, hasta cruzarlos. Sabía que tenía el rostro enrojecido, y que no debía favorecerle con el tumefacto morado.

Los ojos verdes miraban ahora suplicantes a Baxter. El silencio empezó a resultar enojoso para Baxter, que dominándose, inquirió:

—Un té inmejorable, Hazel, ¿qué marca?

Fué Brandon el que, siempre acodado, habló con trivial entonación:

—Ella cumplió con su obligación dándome el informe. Usted tiene la viciosa cualidad, del detective privado, Baxter. Una cabeza dura. Le aconsejé que se apartara de mis asuntos, y apenas sale de mi casa, finge estar enamorado, y persiste en meterse en mis asuntos.

—No sabía qué Hazel Reding fuera un «asunto». Palabra que no.

—Quieto, Abbot —conminó, suavemente, Brandon—. Debes reprimir tus instintos agresivos. El señor Baxter tiene el derecho de intentar demostrarme que no va a amilanarse ante nadie, y más estando presente una señorita. Procuraré emplear primero la persuasión, Baxter.

—Hasta hoy, esta clase de persuasión las llamo pistolas en la espalda, Brandon. Tan traicioneras como sus dos puñetazos.

Evitaba mirar a Hazel Reding. Dos pasos atrás, Gene Curtis y Tim Abbot permanecían alerta.

—Era preciso quitarle su arma, Baxter, para poder conversar. Tengo una oferta que hacerle. No me interesa un fisgón en mis asuntos. Podría fácilmente dejarle una temporada inactivo, Baxter, pero reconozco que los negocios son los negocios. Abandone California, y vaya a darse un paseo por los Mares del Sur. Prefiero siempre la persuasión a la violencia, salvo si me obligan a ello.

—Si a solas, sin valerse de trucos sucios, me hubiera usted invitado a hablar, le habría dicho que sus finanzas, no me importan nada en absoluto. Pero considero execrable valerse de una hermosa embustera para intentar convencerme a la fuerza.

—Yo aseguré al señor Brandon que tú no… —empezó ella a decir.

—Me gustas más en silencio, Hazel. Al menos, no mientes.

—Yo le ruego que no vuelva a intervenir, señorita Reding. Éste es su piso, cuyo alquiler forma parte de nuestro contrato, y usted ha terminado su misión.



¿Desde cuándo nos tuteamos, Carl? —preguntó Hazel.

—Un fino modo de decirte que sólo has de atizar golpes de bolso, y remojar un té sucio, cuando Su Excelencia el poderoso Cliff Brandon apriete el botón que te pone en movimiento. Oíste la voz de tu amo, Hazel, conque silencio y a prosternarse.

—El dinero no hace la felicidad, pero contribuye a proporcionar pequeñas felicidades, Baxter. Usted podría firmar un escrito

reconociendo que cualquier línea publicada acerca de política financiera centroamericana, es producto imaginativo de su volcánicamente. Reconocerá que soy generoso.

—¿Diez mil o un ataúd, filántropo?

—La cárcel por insinuaciones calumniosas ante testigos… o un viaje de placer, con la cantidad que usted ha señalado.

—Posiblemente, con tal de perder de vista a esta sirena, consideraría bastante aceptable su sugerencia, Brandon. Será una actitud cobarde, pero el heroísmo, prefiero leerlo a practicarlo. Saque la pluma, magnate, y le puedo garantizar que hace un mal negocio, porque de todo lo referente a Centroamérica, sólo sé que hace mucho calor.

—Sabe que existe una fotografía y dos cartas. Bastaría para suscitarme molestias innecesarias. Apruebo su decisión, Baxter. Firme en el documento que ya lleva mi secretario, previendo que siendo usted reciente en su profesión y gozando de buenos antecedentes, no intentaría explotar su peligrosa ventaja.

Tim Abbot colocó en una mesita un folio mecanografiado, ofreciendo una estilográfica.

Sostenía bajo el sobaco la pistola «Luger». Gene Curtis se aproximó, basta distar un paso de las espaldas de Baxter.

Cogiendo la pluma, dijo Baxter:

—De todos modos, Brandon, no le estoy agradecido. Y si me es posible, al regreso de un viaje prolongado, trataré de devolverle su primer obsequio.

—No le recrimino. Lea antes de firmar.

—Tengo prisa por perderles a todos de vista, en especial a esta natilla venenosa.

Rasgueó su firma.

—Mi secretario le entregará en billetes de cincuenta y cien, la cantidad acordada, y le acompañará basta su coche, donde le entregará su arma. No quisiera que cometiera imprudencias… Y por favor, Baxter, no me diga que volveremos a vernos, porque ha firmado usted el compromiso de ausentarse por dos meses.

—Me marcharé, sin falta, mañana al amanecer. Cuantos pasos de yo a partir de ahora, serán por completo ajenos a sus negocios financieros, Brandon.

—Así se lo deseo, señor Baxter.

Gene Curtis tras él, conminó:

—Váyase ya, señor.

—Me voy, me voy… Conservaré un extraño recuerdo de la elegante cuadrilla…

—Quieto, Curtis. Conduce al señor Baxter a la calle, Abbot.

Ya en la puerta, se volvió Baxter, y en silencio dedicó una última ojeada a «la secretaria de asuntos centroamericanos».

Ella seguía suplicando mudamente con tensa expresión.

—No lo interprete como amenaza, sino como garantizada realidad, Baxter. Cualquier otro paso en falso, desde ahora…

—Supondrá la muerte del artista. Abur, César.

En el ascensor, Baxter intentó silbar entre dientes. Tim Abbot volvía a ser un impecable y atildado elegante, que colgante de un brazalete de seguridad llevaba una cartera, en cuyo interior estaba la «Luger».

Ya en la calle, caminando hacia el aparcamiento, insinuó Baxter:

—Algún día pueden tropezar con un elemento menos dócil, Abbot.

—Riesgos incluidos en el contrato.

—Debe ser amargo recibir órdenes. ¿En cuánto calibraría usted un buen retiro, que le permitiera burlarse de su tirano, sacándole la lengua con zumbido?

—Usted es el sobornado, no yo, señor Baxter.

—Es que tengo un cliente que puede ofrecerle mucho más de lo que ganará al servicio de Brandon, cuya carrera presumo corta desde ahora. Éste es mi coche, Abbot, y a las nueve de la noche podríamos tomar un aperitivo cerca de Berkeley. Yo le esperaría en la milla de la carretera de Berkeley. Si acude solo, será inteligente.

Sentóse Baxter al volante. Tim Abbot, impasible, volcó el contenido de la cartera sobre el asiento.

—A las nueve de la noche estaré con el motor en marcha, detenido junto al poste indicador de la milla 14 hacia Berkeley —afirmó Carl.

—Por simple curiosidad; ¿en su aperitivo, cuál sería el tema de conversación?

—Una declaración en perjurio, Abbot.

—Grave delito, amigo. Debe usted ir con cuidado con la Ley.

—Yo no estaba a bordo del yate cuando Dafne Linders, la

amantísima esposa del témpano, lo invitó a pasear. Usted sí que estaba…

El «Mercury» arrancó, y alejándose, Carl Baxter rió agriamente. Se esfumaba una ilusión, y dolía… Pero le causaba un sarcástico regocijo ver la exagerada mueca de estupor que por unos instantes había sacudido el guapo rostro impasible de Tim Abbot.

* * *

De cinco y media a ocho estuvo muy atareado Carl Baxter en las ciudades de Berkeley y Oakland. Comprobó los detalles referentes a tres jóvenes rubias, desaparecidas. Una de ellas, huérfana, corista, que aceptaba sin demasiados remilgos las invitaciones de propietarios de coches, y con mayor entusiasmo, si además de adinerados, no eran tacaños ni viejos.

La corista se llamaba Nancy Hendrick, y hacía ya más de dos semanas que no había reincorporado su anatomía al elenco del club de noche «Merry Girls», de Oakland.

No bebía, porque cuidaba su línea. La última noche que actuó, fué vista por una compañera, subiendo al coche de un guapo joven. Un coche con matrícula de Kansas.

La misma compañera que informó a Baxter era la que había reseñado la descripción personal de Nancy Hendrick al Depósito Central de Oakland.

—¿Por qué lo hizo, nena? —inquirió Baxter, muy en su papel.

Ella se mostró deseosa de congraciarse con aquel apuesto pistolero legal, y trató de depurar su léxico:

—Nancy nos hubiera comunicado cualquier novedad, para hacer palidecer de envidia a las demás.

—Entiendo. Solidaridad femenina.

—Hubiera escrito tan sólo una postal, diciéndonos que por fin había encontrado al millonario de sus sueños. Por esto mismo pensé que podía haberle sucedido un accidente.

—Todo es posible. Esta noche no me esperes, pero mañana te prometo entablar contigo una diplomática relación. No soy millonario, pero me defiendo bien… pese a este morado.

—No lo dudo —rió ella—. Mañana te esperaré. ¿Es que ha hecho algo malo Nancy?

—Tan sólo un error. Creerse que un joven guapo y con coche, que la invitaba a pasear al claro de luna, tenía que ser forzosamente un millonario de ensueño. Abur, encanto.

* * *

Detuvo a las ocho y media su coche ante el desierto parador de puerta y ventanas cerradas. Tocó el clakson tres veces, y crujió de nuevo la madera de la puerta.

Penetró con paso ágil, como el triunfador que viene a recoger las aclamaciones.

—No queda mucho para que vuelva usted a la luz del día, Dafne. Le aceptaré una copa de vino seco.

Ella, pasando tras el mostrador, abrió la nevera, y sacó un frasco de jerez. Miraba con fijeza al detective novato.

—Tim Abbot estará a las nueve en la milla 14, a cinco minutos de aquí. Creo que vendrá solo. Si viene acompañado, saldré de estampía. Me han sorprendido repetidamente, y estoy ya alerta. Dígame, Dafne, y es pregunta confidencial: yo puedo responder de que Tim Abbot no intentará violencia al verla, pero en la entrevista que le preparo con su viudo, ¿qué piensa usted hacer, si él se agencia algún asesino?

—Con la declaración de Tim Abbot, tengo mi mejor escudo.

—De todos modos, proporciónese un arma, Dafne.

—No la tengo.

—Bien. Entonces, tan pronto sepamos si Tim Abbot, acepta o no nuestras sugerencias, yo le facilitaré a usted un arma, Dafne. No quisiera que esta vez acertara Clifford Brandon, un elemento excepcionalmente peligroso. Yo tengo un medio de hacerle acudir adonde me proponga, porque él cree que sé cosas sobre sus negocios centroamericanos. Pero la clave nos la dará Tim Abbot… Lo traeré aquí, si acude, pero usted no aparezca hasta que yo la llame. Va a ser algo fantasmal, pero respondo de las reacciones de Tim Abbot. A lo mejor fué él quien la empujó, y para un asesino, ver a su difunta víctima con vida, debe resultar un angustioso experimento.

—Lo será para Clifford, si su secretario accede. Y Abbot es ambicioso. Si comprende que Clifford está perdido, querrá salvarse

él. Estaré aquí mismo, Baxter.

Señaló ella la parte inferior del mostrador, desde dentro.

—Magnífico, Dafne. Me gusta darle un poco de teatralidad al instante. Ponga aquí tres copas y una botella de suave y burbujeante espumoso dorado. Estamos cerca del final, Dafne. Sonríase, y deséeme suerte.

—Es usted muy simpático, Baxter —sonrió ella.

—Una sonrisa así, de esta calidad, y con todos los complementos que la adornan, me convertiría en su esclavo… si no estuviera usted tan enamorada de quien no lo merece. Hasta pronto, Dafne, solo… o con el secretario muy personal de Brandon.

* * *

A las nueve en punto, en la milla 14, de la anchurosa carretera, un dos plazas «Chrysler», se arrimó casi rozando sus guardabarros al «Mercury».

Tim Abbot dijo secamente:

—Aquí estoy, Baxter. Solo. ¿Dónde está su aperitivo?

—Casi a la vuelta. En el parador «El Dorado».

—Cerró hará más de un año.

—Pero el dueño actual es mi amigo, y me lo presta, solitario y cómodo, para mis entrevistas particulares.

—Le prevengo que si quiere jugarme una mala pasada, cometería una torpeza irreparable.

—Contra usted no tengo nada. Sígame.

Poco después, los dos coches, juntos, estaban bajo uno de los toldos. Bajando, comentó Abbot:

—Un decorado propicio para un director truculento.

—Es cuestión de acostumbrarse. La puerta chirría, pero no hay fantasmas.

Carl empujó la puerta. La luz sobre el mostrador vertía un halo espectral. Avanzando sonriente, Baxter señaló los taburetes en el punto en que se veían tres copas y un frasco de capuchón dorado, en cubeta de hielo.

—Cumplo lo que prometo, Abbot. Instálese.

—Usted primero.

Carl Baxter, de lado, se acomodó. Hizo lo mismo Abbot, dejando

entre ellos dos un taburete vacío. Señaló la tercera copa.

—¿Ha invitado a alguien?

—Sí. Una dama muy elegante y hermosa, que no se resigna a permanecer en la soledad anónima.

—Si le agrada jugar al detective misterioso, debo recordarle que mi tiempo está dividido en compartimientos bien definidos. Dedico apenas media hora a lo superfluo.

—¿Por qué mantiene su mano derecha en el bolsillo del impermeable? Aquí no llueve, ni nadie piensa atacarle.

—Fué usted demasiado dócil esta tarde, Baxter. Y no tiene cara de cordero.

—Le acuso de ingratitud, Abbot. Me molesto en escoger un sitio discreto, un champaña de importación, perder mi tiempo, y ser el enviado de una belleza millonaria, para ofrecerle la ocasión de mandar al cuerno, y poder dominar a Clifford Brandon… y usted está receloso.

Se inclinó Baxter un poco sobre el mostrador, y con suave entonación, invitó:

—Por favor, señora, tranquilice a nuestro invitado. Gracias, señora Brandon.

CAPÍTULO XI

El lento surgir de Dafne Linders tuvo una escalofriante truculencia muy acorde con el «clímax» opresivo del vasto salón en repentino silencio.

Se abalanzó Baxter, asiendo la muñeca derecha de Abbot, y retorciéndola hacia atrás y arriba, lo mantuvo inmóvil.

El secretario de Brandon estaba a punto de prorrumpir en alaridos, mientras, brillantes los ojos, Dafne Linders concluía su melodramática aparición.

—No rebuzne, Abbot. «Tómelo con calma, amigo».

Cesó toda resistencia en Abbot, que permaneció reclinado contra el pecho de Baxter, el cual extrajo del bolsillo del impermeable una automática de calibre corto.

—No es vergonzoso que se desmaye como una damisela anémica. Un taponazo de champaña le devolverá el sentido común. Descorche, Dafne.

Volvió Baxter a ocupar su alto taburete. Dafne Linders miraba al que, al empujón, había quedado reclinado sobre el mostrador.

Abbot se removió un poco, y Baxter fué explicando:

—No se alborote, amigo. La aparición es toda de suculenta carne y delicados huesos. Puede mirar, pero sin tocar. Afortunadamente, la señora Brandon goza de excelente salud… No es un disparo, Abbot… Simplemente el champaña.

Tim Abbot levantó la cabeza, pasándose las manos repetidamente por el rostro… Dafne Linders escanciaba en las tres copas.

—El viudo Brandon va a hundirse, Abbot, porque en los anales de la historia jurídica no existe un testimonio de más peso que el de la propia víctima.

—No… no puedo creer…

—Hable, señora Brandon, y tranquilice la imaginación de nuestro invitado.

—Buenas noches, Abbot —dijo ella, amablemente—. Yo no le odio, porque sé que usted declaró de acuerdo con las instrucciones de mi esposo.

—Identi… fué reconocido un cadáver con sus joyas, ropa y aspecto, señora Brandon —tartamudeó Abbot.

—Una desgraciada coincidencia, que no tengo que aclararle a usted, Abbot. Pero en la prensa leí que Muriel, la hermana, Hazel Reding y usted, declararon que para nada salieron ninguno a cubierta, hasta no oír el grito.

—Yo, señora Brandon… ¡Es inaudito! —Y volvió él a cubrirse el rostro.

—Pero no indecible, ¿verdad, señora Brandon? Usted, la principal testigo, puede refrescar la memoria de Abbot.

—Usted sabe perfectamente que faltarían minutos para las cinco cuando me asomé, interrumpiendo la partida de *bridge* que jugaba Clifford, con su hermana, con usted y Hazel. Le llamé, y acudió. Poco después, una mano me empujaba.

—El señor Brandon, demudado, nos dijo que usted había saltado inopinadamente al agua lanzando un horrible grito, cuando él estaba intentando calmar un nerviosismo, injustificado, de celos hacia la señorita Reding. Y convinimos los cuatro en…

—Ser cómplices de un asesinato frustrado, Abbot —atajó Baxter —. Un asesinato en cuya pista estaba Flanagan… y por esto envió Clifford a matarle.

—Yo de esto no sé nada, Baxter. ¡Lo juro! Por lo que más quiera, señora Brandon… perdóneme, pero yo…

—Sí… —terció de nuevo Carl—. Quiere decir que la creía muy muerta, y le molesta su afán de revivir, Dafne. Al grano, Abbot. Con nosotros, contra Clifford, o a presidio. La señora Brandon no se propone llevar a los tribunales a su esposo. Quiere tan sólo tenerlo atado de pies y manos.

—Pero… cuando usted aparezca, señora Brandon, la policía investigará.

—Una respuesta sencilla. Resbalé, y al encontrarme en la playa un cadáver femenino, tuve la excentricidad de revestirla con mi

ropa y joyas, porque quería experimentar la fuerte emoción de suscitar en mi fallido viudo el sentimiento de mi pérdida. Así comprendería que me amaba, y que yo le era necesaria. Usted va a escribir la verdad, Abbot. No quisiera emplear, por mediación de Baxter, argumentos desagradables. Con su declaración, podrá obtenerse la de Hazel, y después… Clifford me obedecerá ciegamente. No perderá usted su buen empleo, sino que al contrario, le agradeceré su ayuda.

—Clifford recurrirá a todos los medios para vengarse de mí, señora Brandon.

—No, porque estará usted tan a salvo como yo de cualquier posible venganza. Clifford, ante todo, quiere conservar su posición predominante. Yo le amo… y se someterá a mi voluntad.

—Coja usted la pluma, amigo —conminó Baxter—. Es su turno. Pero no quisiera que fuese a avisar a Clifford, en bien de usted. Lo lamento, Abbot, pero después de escribir, se prestará de buen grado a permanecer aquí, atado, mientras la señora Brandon y yo dedicamos el resto de la noche a ultimar el sometimiento de Clifford Brandon. Después… no nos olvidaremos de usted.

—Será mejor, Abbot —indicó Dafne—. Yo sufrí incomodidades en el agua y fuera de ella. No ha de resultarle mucho sacrificio el estar atado unas horas.

—Vaya a recoger su abrigo de pieles y su sombrerito de velo, Dafne. Mientras, ataré en forma cómoda, pero segura, a nuestro invitado, apenas termine de escribir.

Se fué ella, desapareciendo del cerco de luz. Tim Abbot escribía afanosamente en una libreta, y Baxter avisó:

—Sin trucos, Abbot. Vaya hacia las cocinas, tan pronto rubrique adecuadamente.

Instante después, Tim Abbot quedaba sentado en el suelo, contra una mesa empotrada, imposibilitado para todo intento de huida.

Colocó Baxter el propio pañuelo de Abbot sobre sus labios, e inclinado, murmuró:

—Recuerdos de Nancy Hendrick, amigo.

Intentó agitarse el secretario, lívido, revulsos los dilatados ojos. Pero las cuerdas no cederían, mientras una mano ajena no deshiciera los complicados y sólidos nudos.

En el mostrador, leía Dafne Linders lo escrito por Abbot. Entre

tanto, Baxter descargaba la pistola de Abbot, dejándola sobre una mesa. Echó las balas en el sumidero.

Sin mirar al amordazado atadijo humano, apagó la luz, abandonando la vasta cocina.

—Cuando quiera, Dafne.

—¿Qué se propone ahora, Baxter?

—Podemos prescindir de la declaración de Hazel. Nos basta con ésta, muy elocuente. Ahora, el toque último y genial. La entrevista con el viudo alegre.

En el «Mercury» ella dejó caer el velo sobre su rostro, alzando el cuello de su abrigo de pieles con las enguantadas manos.

—Tome, Dafne. Puede necesitarla.

Ella miró la pistola que le tendía Baxter. La cogió, colocándola en el bolsillo de su abrigo.

—No dispare, salvo si el viudo pretende atacarla, Dafne. Iremos a mi despacho, porque es lo lógico, que este caso se termine en el despacho de Flanagan.

—Clifford acudirá con Gene Curtis.

—Irá solo; se lo garantizo. Está pendiente de la noticia de mi marcha. Irá, sí… Bastará que usted se mantenga quieta en un sillón, fuera del cerco de luz. Yo hablaré, procurando que él tome asiento de modo que no la vea.

—Será terrible para él, porque está plenamente convencido de mi muerte.

—Tiene nervios sólidos, de primera categoría. Y no sea tan sensible, Dafne. No puede olvidarse que es necesario apabullarlo. Tengo un grabadiscos en el armario, que conectaré apenas entre Clifford.

—Ha pensado en todo, Baxter. Nunca supuse que sería usted un tan excelente detective.

—Al servicio de las damas atribuladas.

El coche se deslizaba por el asfalto brillante por la llovizna. Ella susurró:

—Nunca le vi llevar flores en la solapa, Baxter.

—La gardenia es una flor bonita, y no tiene el monopolio de ellas Cliff Brandon. Muchas veces he pensado que llevar flores tan blancas encima del corazón, es una imprudencia en hombres de accidentada existencia. Es un blanco tentador. Pero esta noche, no

pude resistirme a la tentación de lucir esta magnífica gardenia. Ahora, desde el «Sunbeam» telefonearé hasta dar con su viudo. Estará usted conmigo, porque no quiero dejarla sola en el coche. Estamos ya cerca del final, y no me perdonaría cometer un error menospreciando la calidad de mi adversario.

—Estoy muy nerviosa, Baxter.

—Lo estaremos mucho más los tres, dentro de una hora escasa.

—¿Qué piensa decirle a Clifford?

—Usted lo oirá. Simplemente: «Señor Clifford Brandon, tengo en mi poder una carta de Lojendio, que le entregaré si acude, solo, a mi despacho, hacia las diez. Servidor».

CAPÍTULO XII

Así dijo textualmente por teléfono, añadiendo:

—… Vale diez mil más, y mi definitiva despedida, Brandon. A solas usted y yo, es esencial.

La respuesta fué audible para Dafne Linders, cuya mejilla rozaba la de Baxter:

—… Ya me suponía yo que guardaba usted un as en la manga, Baxter. De acuerdo. Pagaré lo pedido si lo vale, como supongo. A las diez en punto con usted, en su despacho.

Colgó Baxter, y ella, respirando entrecortadamente, comentó:

—En su respuesta hay admiración. El desprecia a los que se humillan. Yo no supe ser digna rival.

—Pero ahora, sí, Dafne. Ahora podía usted.

Eran las diez menos cinco cuando ambos entraban en el despacho donde halló la muerte Flanagan. Encendió Baxter la luz de la portátil, y ella apartó la vista del armario de puertas correderas cerradas…

El foco daba de pleno sobre la mesa, sumiendo en plena obscuridad los lados. Baxter hizo girar un sillón, y en la oscuridad ella se sentó de espaldas, totalmente invisible para quien entrase, aunque se encendiera la luz central.

Sentándose tras el foco, Carl Baxter colocó un índice sobre sus labios. Después, mostró su reloj de pulsera…

Ella se acurrucó aún más. Pasaron lentos minutos que parecían siglos…

Un paso aplomado fué haciéndose más sonoro por el corredor solitario. En la puerta de cristal opaco se sombreó una silueta.

Pulsó Baxter bajo el reborde de la mesa, el resorte. La puerta se abrió…

—Buenas noches, Brandon. Adelante.

El multimillonario se detuvo en el abierto umbral. Su mano tanteó hasta tropezar con el interruptor. La luz estalló en el centro, y los perspicaces ojos de Brandon miraron en rededor. Vió un diván, dos sillones, cuadros, la mesita con la máquina, el armario, y la mesa larga, tras la que, en mangas de camisa, con la funda pistolera vacía, se sentaba Carl Baxter.

—Para charlas confidenciales, a media luz, Brandon.

Clifford Brandon, sonriente, gardenia al ojal del *smoking*, echó su abrigo y sombrero sobre el diván. Retrocedió para cerrar la puerta, y dar vuelta al conmutador.

Sólo brilló con intensidad el foco sobre la mesa larga… Clifford Brandon se acomodó en el sillón frente a la mesa, mirando a Baxter.

—Desvíe un poco esta lámpara, Baxter. Deslumbra…

Carl Baxter hizo girar el foco hacia la pared opuesta al sillón ocupado por Dafne Linders. El halo permitía a ambos interlocutores verse claramente.

—Para iniciar con buenos auspicios esta conversación de negocios, Baxter, me interesa hacerle saber que la señorita Reding ha cometido el mayor error imaginable en una muchacha inteligente. Ha roto su contrato conmigo, al parecer, porque lo que sucedió esta tarde a las cinco violaba los términos del contrato. Parece que la actitud de usted hacia ella la hirió. Una sensibilidad desplazada.

Una ancha sonrisa de contento iluminó el semblante de Baxter, que tocándose el lado izquierdo de la cara, dijo:

—Casi le perdono esto, por lo que acaba de decirme, Brandon. De todos modos, tengo ahora que hablarle de materias tan trascendentales, que me parecería una incorrección permanecer en mangas de camisa.

Al coger su chaqueta colgante de su sillón, añadió Baxter, señalándose el lado izquierdo del busto:

—Como puede apreciar, estoy sin armas. En esta funda, había una «Luger» con su correspondiente silenciador.

—Abbot le devolvió su arma, supongo.

—Posiblemente.

Miró Brandon la gran gardenia que en el ojal lucía Baxter.

—¿Imitación o burla?

—Hasta que usted no monopolice el ramo florista, espero poder lucir de vez en cuando una gardenia.

—Aprecio los circunloquios entre amigos…, pero usted no me aprecia, Baxter. Una razón por la que es mejor abrevie.

—Le guste o no, tendrá que soportar mis rodeos, ya que con gran placer le anuncio que ésta será nuestra última entrevista.

—Un placer compartido y mutuo. Usted me ha citado para venderme una carta que valora en diez mil.

—Fue un pretexto, porque sabía que hablar de miles y de documentos le hace a usted babear de gozo.

—Me temo que le tendré que invitar a quitarse de nuevo la chaqueta.

—Deme un poco más de tiempo para que se confirme este temor de usted.

—Parece dar por muy seguro que voy a perder más tiempo escuchándole.

—Permanece sentado, porque presiente que voy a proporcionarle pruebas de que es usted el eje del torbellino que ha causado la muerte de dos personas… por ahora.

Clifford Brandon aspiró la gardenia. Daba la impresión de un aburrido oyente.

Carl Baxter añadió:

—Reconocerá, Brandon, que la muerte de Flanagan, un asesinato, le ha preocupado bastante.

—Está en un terreno resbaladizo, Baxter —y la voz de Brandon resonó metálicamente.

—Y tanto. Es precisamente, aquí, a mi espalda, en este armario, donde Flanagan halló la muerte. Precisamente también, a la noche siguiente a la visita de Hazel Reding, enviada por usted.

—La señorita Reding se limitó a rescatar lo que le quitaron.

—Flanagan no le quitó a ella nada, puesto que si hubiera sido así, él no se hubiera dejado sorprender por el bolso de la que calificó de «nena bobalicona». A Flanagan, alguien le entregó la foto y las dos cartas.

—Cabe en lo posible. ¿Pruebas de su aserto?…

—Después. Si la policía oficial logra averiguar que su secretaria de asuntos centroamericanos visitó con cierta violencia a Flanagan, pueden llegar a la evidente conclusión de que usted, en defensa de

secretos financieros, cuya publicación representaría para usted un fracaso de muchos millones…

—¿Maté a Flanagan? Le concedo unos minutos más, y un resto de porcentaje a su favor de sentido común. Le he demostrado que prefiero comprar.

—Pero Flanagan fué desnucado. Y aunque parezca ajeno a lo que tratamos, voy a hacerle un comentario bastante impertinente. El tener hielo en las venas, Brandon, será muy útil en los negocios, pero ¿no sabe usted que una mujer nunca perdona la frialdad cortés?

—Si pretende demostrarme su impertinencia, prosiga.

—Usted, al casarse, quiso fundir dos razones comerciales, dos fortunas, por enlace matrimonial con pacto. Era altamente ofensivo respetar el pacto a los ojos de una mujer bonita. Dicen que las mujeres no perdonan los dos excesos: ni el de grosería ni el de la cortesía. Un hombre que como usted es capaz de ver casi a diario, sin alborotarse y retozar, a Hazel Reding, tiene indudablemente hielo en la sangre. Y debía usted sacar de quicio a la pobre señora Brandon.

—Fue examinada repetidamente y por los mejores alienistas, los cuales declararon gozaba del pleno juicio.

—Lo sé. Pero lo que nadie más que yo y usted sabemos es que tres testigos importantísimos han declarado bajo juramento una falsedad, al asegurar que usted no abandonó la cámara, y que jugaba al *bridge* con ellos, en el instante en que caía al agua la señora Brandon.

Clifford Brandon cerró con golpe seco su pitillera. Encendió con manos firmes, mientras decía:

—Al terminar este cigarrillo, tendré el placer de devolver a su rostro la simetría. Y mañana irá usted al juzgado de lo criminal, por calumnia.

—Iremos. Tengo la declaración profusa, elocuente, sincera y aplastante del testigo Tim Abbot, su hombre de confianza. En ella afirma que a las cinco menos minutos, Dafne se asomó, llamando a su querido esposo. Usted acudió, y en cubierta permaneció con ella unos instantes, en la neblina. Sólo se oyó el grito de ella al caer al mar. Usted, en secreta conferencia con los tres testigos, su hermana Muriel, el secretario Abbot, y la secretaria Hazel, pretendió que

Dafne Linders, ante sus ojos se lanzó al mar. ¿Reconoce la firma de Abbot?

Colocó Baxter cerca de la pantalla el escrito reciente. Brandon no se inmutó.

Baxter subrayó:

—La policía rechazaría ahora su versión, porque aún suponiendo que su frialdad cortésmente desdeñosa llenase de odio los sentidos de la señora Brandon, si ella hubiera pretendido suicidarse, le hubiera matado a usted antes.

El financiero aplastó el cigarrillo con la suela. Replicó:

—¿Qué se propone, Baxter?

—Aportar pruebas testifícales irrebatibles.

—Las declaraciones hechas sin coacción, bajo juramento, por un testigo, y corroboradas por otros diecisiete testigos, tienen fuerza irrebatible, anulando todo valor jurídico de posible retractación.

—Salvo si el principal testigo declara.

En el silencio que siguió, fue perceptible el susurro de una respiración alterada.

Baxter replicó:

—Mi calefactor está algo averiado.

—¿Qué principal testigo es el suyo?

—La propia víctima —sonrió Baxter, brillantes los ojos.

—Una chanza muy desagradable. Debería usted respetar a una pobre muerta.

—Cuya muerte le alegró.

—Me produjo alivio, porque lo preferí a degradaciones morales irreparables. Bebidas, drogas, flirteos…

—Su moral es extrañamente acomodaticia. Reconozca que en el yate todo le fué propicio para enviudar.

—Cállese, rufián… —masculló, torvo y amenazador, Brandon, medio incorporado en su sillón.

—Ya le cobraré después… Yo puedo demostrar los motivos que tenía usted para matar a Flanagan, que como yo mismo, llevaba dos asuntos contrarios a sus intereses: ahondaba en el tejemaneje del café y fibras, y en su alegre viudez.

—Los detectives privados disfrutan de poco crédito, salvo cuando aportan pruebas indiscutibles, y usted sólo hace malignas insinuaciones.

—Influirá mucho en el ánimo del jurado esta declaración de Tim Abbot, sobre todo al darse cuenta de que Flanagan era un estorbo, y que tres testigos juraron en falso, y sus tentativas de apartarme de todo esto…

—¡Basta ya! Le voy a…

—Después, por favor. Siéntese, Brandon. Es feo pelear delante de señoras.

Carl Baxter hizo girar el foco, que proyectó su luminoso chorro en el sillón donde gradualmente apareció el sombrerito color fresa, la espléndida cabellera rubia, y el abrigo de pieles.

—¡Dios Santo! —musitó Clifford Brandon, en pie, lleno de espantosa sorpresa.

—Tengo el honor de presentarle a su difunta esposa, Brandon.

CAPÍTULO XIII

En pie, señalaba Baxter hacia el sillón, donde Dafne Linders estaba volviéndose lentamente. Carl Baxter añadió:

—Señora Brandon: recuerdos de Nancy Hendrick.

Dafne Linders, que estaba mirando con intensa fijeza a su esposo, dió un respingo, y presionó por dos veces el gatillo…

El silenciador emitió dos toses silbantes, y Carl Baxter, llevándose las dos manos al pecho, fue estrujando la gardenia…

—Dafne, Dafne… —Silabeó roncamente Brandon, desplomándose en un sillón—. Acabas de asesinar… ¡Pero…! ¿Cómo pudiste permitir que te creyéramos muerta? ¡Dios santo!

—El hombre fuerte, el dominador, el avasallador de voluntades, está temblando… El hombre de mármol, que rechazaba mi cariño…

—¿Tu cariño? Tus arrebatos histéricos, dirás… ¿Qué locura es ésta? Ahora… adivino que saltases al mar para que yo apareciera después como tu asesino. ¡Por todos los…!

Ella señaló con la pistola, cuyo corto silenciador humeaba, a Carl Baxter, de bruces sobre la mesa:

—Tu último asesinato, Cliff. Conseguiste arrebatar la pistola a Baxter, que te había desenmascarado, y disparaste. También tú mataste a Flanagan… Lo demostrarán, y no hará falta mi testimonio. Irás a presidio, Cliff, de donde saldrás para la silla eléctrica.

—Sabía que me odiabas, Dafne, pero nunca pensé que… ¿Quién fué la desgraciada, llevando tus ropas y joyas, que enterramos…?

—Yo. Para siempre. Me iré con Tim Abbot a Sudamérica, y con tu único amor: tu dinero, Cliff Brandon, la palanca de tu poder.

—Desvarías…

Dafne Linders, a dos pasos de distancia de su marido, susurró:

—Él me quiere. Adiós, Cliff… Ya nunca volverás a sonreír fríamente, quitándome una copa de las manos, o criticando mis amistades masculinas.

Clifford Brandon se puso en pie. Ella, contraído el rostro en intensa mueca de odio, disparó repetidamente…

Clifford Brandon se llevó las manos a la cabeza… Sus nervios de acero acababan de quebrarse, porque era insoportable para el más equilibrado organismo, ver alzarse a Carl Baxter, que decía eufórico:

—Nueve disparos, nueve aplausos a mi magistral toque de rúbrica, Dafne. Tú misma has firmado la confesión. No se desmaye, Cliff. Estamos los tres con vida, y ultimaremos nuestra cordial entrevista.

—Nueve cartuchos de fogueo y una flor artificial con carmín líquido vale treinta centavos en cualquier caseta de feria. Bromas de sobremesa. No puedes huir, Dafne… Permitirás que tu viudo, porque ahora sí que lo será, escuche mi brillante disertación…

Dafne Linders corrió hacia la puerta, y alzó los dos puños crispados, en uno de los cuales la culata destelló siniestramente.

Baxter, pulsando el interruptor, inundó de luz el despacho… Tenía asida por los codos a Dafne Linders, que dejó de debatirse, cuando en rededor a sus muñecas resonó un «clic» restallante.

—Esposas. No son mías. Me las prestó el teniente Merril.

La puerta corredera del armario bajó con estrépito, empujada desde dentro, y en el compartimiento descubierto una silueta se movió.

—Flanagan… —susurró ella. Cerró los ojos…

Salía el teniente Merril. Hacia el cual empujó Baxter a la medio desvanecida Dafne. El teniente Merril se aproximó a la puerta, que abrió diciendo:

—Lleven a esta mujer junto a Tim Abbot. Iré enseguida.

Dos agentes que esperaban en el corredor, asieron cada uno por un codo a Dafne Linders…

Fué a sentarse, mirando sin cordialidad, al que iba ya recuperándose.

—El teniente Merril aceptó mis ruegos, cuando le telefoneé a las ocho, desde Oakland. Éste es el motivo de su presencia, Brandon. Para la buena comprensión de cuanto he de explicar, hemos de

partir de una premisa. Dafne me juzgó un estúpido ideal para ser su segunda pieza acusatoria contra usted. Abreviaré, porque el teniente Merril tiene prisa. Acudí al truculento melodrama, porque así lo forjó Dafne.

El teniente Merril, reclinado contra la puerta, liaba un cigarrillo calmosamente. Reconocía que el debutante investigador tenía derecho a explayarse…

Clifford Brandon permanecía rígido en su sillón, acentuadas las mandíbulas en su rostro marmóreo.

—Dafne proporcionó a Flanagan la foto y las dos cartas por mediación indirecta de Tim Abbot, su cómplice en el plan para aniquilarle. Posiblemente el teniente Merril encontrará el establecimiento donde fue adquirida por Abbot o la propia Dafne una máscara de oxígeno, con la que pudo llegar a tierra, escapando por inmersión a la búsqueda. Tim Abbot, días antes, se dedicó también a una búsqueda. Un «doble» de Dafne.

Carl Baxter no miraba a nadie en particular, sino que evocaba…

—No era preciso que fuera exactamente igual. No podía acudir a Hollywood, donde hay agencias con millones de fotografías. Pero sí podía acudir a *cabarets*, y en Oakland encontró a Nancy Hendrick, rubia, de rostro sensual, de la talla y peso aproximados a Dafne. Nancy no bebía, pero seguramente atándola, Abbot la hizo beber a la fuerza, y así su estómago estaría «embebido como un barril». En una oquedad solitaria de la costa sumergió a Nancy. Fué una inmersión prolongada, permitiendo así a los cangrejos… eliminar unas pupilas que no eran del mismo color. Tenían ya el cadáver necesario, al cual Dafne revistió con su ropa y joyas.

Se estremeció Brandon, sacudiendo la cabeza, para mirar de nuevo al que prosiguió:

—La primera vez que me visitó Dafne, me dijo que había telefoneado a Flanagan, el cual le dedicó epítetos groseros. Me hablaba como si yo fuera Flanagan, y cuando al abrir yo el armario cayó Flanagan sobre mi hombro, ella salió huyendo. Después me dijo que fue el motivo de su huida, el temor de que yo fuera un asesino enviado por usted, porque «al ver a Flanagan» se asustó infinitamente. Fué el primer vislumbre que tuve de que Dafne mentía. ¿Cómo podía reconocer en el cadáver a Flanagan, si sólo le había telefoneado? El vigilante nocturno no vió entrar ni salir a

Dafne… ni al asesino de Flanagan. Empleó ella la escalerilla de incendios. Flanagan no podía desconfiar de la que aparecía como una víctima. Ella había ya conseguido que, Flanagan, con la foto y las dos cartas, resultara ser enojoso para Usted. Al morir asesinado, después, la investigación relacionaría la visita de Hazel con el asesinato. Ella me juzgó un novato despistado, y fué acumulando cargos contra usted. Fué una hora después de la muerte de Flanagan cuando ella simuló la visita al que había sido asesinado. Debió verme entrar en el despacho, y quiso saber quién era yo, o probablemente Flanagan le habló de mí, como nuevo ayudante. Me juzgó un joven majadero, muy contento de jugar a detectives…

—Haga provisión de saliva, Baxter —interrumpió Merril—. Cuando tuvo usted la primera sospecha de que Dafne mentía, pudo también pensar que antes de telefonear a Flanagan ella quisiera verle, sin ser vista, esperándole, por ejemplo, fuera.

—No lo pensé. Porque el segundo chispazo, el segundo vislumbre de algo raro en todo esto, fué la excesiva «coincidencia» de que a la misma hora en que la pobrecilla víctima salía chorreante del agua, encontrase una ahogada, rubia, de su aspecto, talla y escultura. Y cerca del parador «El Dorado». Después, reflexioné sobre el papel escrito a máquina envolviendo mil dólares, que aludía a Costa Rica, y en el que usted, Brandon, parecía citarme para proponerme un silencio. Era plausible, pero también era evidente que con ello, usted por segunda vez, tenía interés en acallarme. Todo le acusaba a usted, y posiblemente ella creyó que yo avisaría a la policía. Pero no, yo era demasiado cándido. Yo sería hasta el fin su caballero andante… Esta noche, Abbot desempeñó magníficamente su papel de hombre aterrorizado, arrepentido, en mi honor. Todo les salía a la perfección. El cúmulo de pruebas contra usted, Brandon, era aplastante. Introduje una variante… Al decirle a ella que «Nancy Hendrick le enviaba recuerdos», ella comprendió, de golpe, que yo no era tan cándido como imaginó. No se detuvo a pensar que sabiéndola autora de la muerte de Flanagan, e inductora de la de una pobre corista, no le hubiera yo entregado mi pistola. Disparó… y tuve buen cuidado yo, desde que le entregué mi arma, de no soltarla ni un segundo, y con determinados contactos naturales en un coche, ayudándola a bajar, sosteniéndola… de asegurarme qué no poseía otra arma.

—Está… loca —musitó Brandon.

—No es demencia, sino maligna inteligencia tortuosa, puesta al servicio de una larga meditación de venganza. Porque le odiaba a usted por su correcta frialdad. Ella quería dominar sus sentidos, y usted no se dejó, porque la única mujer que usted adora es la Fortuna, como instrumento de poderío y dominio. Tim Abbot fué más sensible. Dafne es rica en bienes físicos y monetarios, aunque su cerebro sea la quinta esencia criminal, Posiblemente, Abbot, que fué ya recogido por los agentes del teniente Merril, estará confesando plenamente, ya que hay una corista que le identificará como el último hombre que invitó a Nancy Hendrick a subir en su coche, un coche de matrícula de Kansas, alquilado. La policía oficial dió por buena la identificación… porque carecían de mi fundamental secreto. Sólo Flanagan y yo sabíamos que Dafne estaba viva.

—Se arrojó al mar gritando. Yo ni siquiera la rocé… Luego temí que nadie me creería, salvo mi hermana, y también la señorita Reding. Creí también en la fidelidad de Abbot…

—El dinero no compra fidelidades, habiendo ofertas más tentadoras. Ella no le quería ver muerto, sino agobiado en larga agonía ante tribunales, perdido todo el poderío, reducido a un acusado vulgarmente mortal.

El teniente Merril abrió la puerta.

—Le espero, en mi despacho, señor Brandon. Y esta vez, sin ironías, acepte mi pésame. Su esposa irá a la silla eléctrica.

Ondeó la mano hacia Baxter:

—Mañana, hacia las once, ven a verme, Carl. Tendrás que echar unas firmitas, como colofón demostrativo de tu talento. Progresarás, chico… si no te fallan la próxima vez tus cartuchos de fogueo y tus gardenias.

A solas con Brandon, Baxter en pie, sonrió agresivo:

—Yo le acuso de la muerte de Flanagan y de Nancy Hendrick, Cliff Brandon. No me mire como quien examina un fenómeno. Si usted hubiera sido otra clase de hombre, Flanagan y Nancy vivirían. ¿Duro, eh? ¿Un inflexible marido desdeñoso, no? ¿Se alegraba de que Dafne hubiera muerto, no?

El despacho se transformó en un desordenado caos de mobiliario.

* * *

Hazel Reding no podía conciliar el sueño desde que el teniente Merril la telefoneó para decirle que al día siguiente, a las once, debería declarar, y que los detalles se los daría seguramente Carl Baxter.

Oyó el timbre. Fué a abrir.

Carl Baxter penetró, cubriéndose la cara con el sombrero. Cuando lo apartó, ella lanzó un grito viendo las amorataduras del lado derecho del semblante, que con los ojos hinchados era risueño, aunque con crispaciones doloridas.

—Esto se llama simetría. Pero al señor Clifford Brandon le tomarán declaración en la clínica. Oye… ¿es tarde para tomar el té?

Ella, apretando con dignidad su bata, quiso ser altiva.

—Usted me ofendió…

No sabía que en su gesto altivo, moldeaba curvas que daban mareo. Carl Baxter tartamudeó:

—Somos solteros y sin compromiso, y esto no puede seguir así, Hazel. Olvida el caso del viudo alegre, porque juro solemnemente que tengo el propósito de ser un marido serio.

Hay balbuceos que superan en elocuencia a los discursos más sensatos. Y ambos balbucearon los primeros compases de la eterna canción de amor.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 321 - Trini de Figueroa.
- POR LA SENDA DEL HONOR

Núm. 322 - M.ª de las Nieves Grajales.
- HALIMA

Núm. 323 - Alicia Larrandi.
- PROMETIDO A SUELDO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

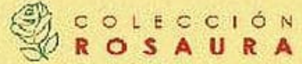
COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 217 - Mercedes Tomás.
- REVIVE EL CORAZÓN

Núm. 218 - Vic Martín.
- EN LAS FRÍAS TINIEBLAS

Núm. 219 - Ana Marcela García.
- DE ENTRE LAS CENIZAS

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 161 - Desabel.
- AMOR, SOCIEDAD ANÓNIMA

Núm. 162 - Corín Tellado.
- OTRA MUJER EN SU VIDA

Núm. 163 - Mercedes Muntó.
- LA CEDIO SU NOVIA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

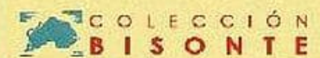
COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 47 - María Teresa Largo.
- ASÍ ERES TÚ

Núm. 48 - María Teresa Sesé.
- FLECHAZO

Núm. 49 - Carmen Martel.
- EL OBSTÁCULO INFRANQUEABLE

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN BISONTE

Núm. 262 - Ralf Sagram.
- MANO DE HIERRO

Núm. 263 - Orland Garr.
- FORASTERO PELIGROSO

Núm. 264 - Alonc Gregory.
- SÓLO UN VAGABUNDO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 5 - Brent Channing.
- LA TUMBA DE LOS DIAMANTES

Núm. 6 - Victor Peterson.
- EL CASO DEL VIUDO ALEGRE

Núm. 7 - Ricky Drayton.
- NO ES FÁCIL MATARME

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 126 - A. Rolcest.
- ¡INDOCHINA!

Núm. 127 - Peter Debry.
- PISTAS SANGRIENTAS

Núm. 128 - A. Rolcest.
- HÉROES EN CRETA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN AUTORES FAMOSOS

Núm. 50 - Oscar J. Friend.
- EL TRAGABALAS

Núm. 51 - William MacLeod Raine.
- LLAMAS DE ODIO

Núm. 52 - Oscar J. Friend.
- EL HALCÓN DEL MISSISSIPI

APARICIÓN BIMENSUAL. PRECIO 16 PTAS.

▪ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próximo aparición.



Precio: 5 ptas.